

S.S

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

YO, EL DIFUNTO

Mike Riordan perdió el sentido.

Cuando lo recobró, el sol estaba alto en el horizonte. La canoa iba a la deriva. Se agarró a la borda, colgando de ella, hasta que cielo y mar cesaron en su balanceo, y pudo concentrar las pupilas.

El océano estaba liso como un charco de aceite, y no había rastro de Landis en parte alguna. Tambaleándose, llegó Riordan hasta el timón, poniendo el contacto.

El motor trepidó. Y una hora más tarde anclaba la canoa junto al embarcadero privado. Allí estaba Vivian Todd esperándole. Lívida, pero no demostraba sorpresa, contemplando el magullado rostro y la sangre en cubierta.



Peter Debry

Yo, el difunto

Bolsilibros: Servicio Secreto - 399

ePub r1.0

jala y xico_weno 08.12.17

Título original: *Yo, el difunto*
Peter Debry, 1958

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

Yo, el difunto

1ª EDICIÓN
ABRIL —1958

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453

BRUGUERA
BARCELONA (6)

40. el DIFUNTO

por PETER DEBRY



Capítulo primero

Lo primero que notó Mike Riordan fue que la muchacha golpeaba con acierto la pelota. Estaba al fondo de la explanada lisa, asestando metódicos toques, entrenando su «arranque».

Era alta, de cabello negro, y su elástico cuerpo ondulaba acertadamente. «Pocas mujeres saben darle al palo de golf con tanta maestría», pensó Mike Riordan.

Y había algo familiar en ella, aunque dada la distancia no podía divisar sus rasgos faciales. Iba a dirigirse hacia allí, cuando una voz femenina, mimosa, le llamó desde la terraza:

—¡«Yu-úúú»! Lo siento, pero me he retrasado un poco, Mike.

Mike Riordan se volvió con sonrisa forzada. Era la señora Brandon. Una rubia, rolliza, convaleciente de su cuarto divorcio, que era fiel a otra costumbre: llegar siempre tarde para su clase de golf.

Se acercó algo jadeante, demasiado nutrida para los *shorts* que lucía. Era una pesadilla, pero Teo Sinclair, jefe de los profesionales del club, le había advertido que la señora Brandon era accionista del mismo, y había que soportarla.

Suspiró Riordan mientras le repetía por centésima vez a la señora Brandon:

—No es el cuerpo entero que gira, sino sólo el hombro. Y un solo pie.

La señora Brandon giró todo el cuerpo, y asestó un magnífico palazo que removió capas de aire. Después rió muy satisfecha:

—Es curioso, Mike, pero no lo puedo remediar. Aunque estoy segura de que con usted aprenderé. Y le prefiero al viejo gruñón de Sinclair.

Riordan soportó otros diez minutos de cumplidos y fallos

aparatosos. Miraba de soslayo hacia la joven morena, que golpeaba con precisión. Y de pronto, respingó al identificarla.

Se llamaba Vivian Todd. Y ocho meses antes había sido su novia. Una novia para casarse. De la que había estado muy enamorado. Seis meses atrás, Mike Riordan acudió al campeonato en gira por los Estados, pensando ganar algún dinero para la boda.

Y Vivian Todd se había prometido a otro. Se había enterado Riordan al regreso de la gira invernal. Sin un céntimo y sin trabajo.

Permaneció Riordan contemplando alelado a su exprometida, y la señora Brandon chilló:

—¡Fíjese qué bien, Miky!

Su palazo movió la pelota cinco pasos, y peló un palmo de hierba.

—Estupendo, señora —gruñó Riordan—. Otro como ése y daremos con un pozo de petróleo.

La señora Brandon perdió todo mimo:

—No tiene la menor gracia. Y le advierto que usted cobra para enseñarme a jugar, no para mirar a otras mujeres.

—Mire usted al suelo y no se dará cuenta.

La señora Brandon se irguió ofendida. Pagaba cinco dólares por clase en exclusiva con el profesional Mike Riordan. Soltó el palo y se dirigió majestuosamente hacia el local.

Meditó Riordan que Sinclair le iba a amonestar, pero le tenía sin cuidado en aquel momento, porque Vivian acababa de reconocerle y venía a su encuentro. Y le habló con naturalidad:

—Hola, Mike. ¿Qué tal estás?

—Sobreviví.

—Estás cambiando, Mike.

—Pues verás… Uno envejece, se desilusiona… ¿No crees que me debes alguna explicación?

—¿Crees tú que con ello cambiaría algo?

—No, me parece que no.

Estaba preciosa. Boca sensitiva, ojos oscuros que volvían a estar tormentosos, como la noche en que le había devuelto el anillo.

El viento se arremolinó y empezaron a caer finas gotitas de lluvia. Murmuró Riordan:

—Parece que va a llover.

—Me gusta jugar bajo la lluvia. ¿No recuerdas ya?

Es una oportunidad para aislarse, para pensar…

Se alejó hacia el edificio. Se quedó Riordan pensando por qué no estaría ella acompañada de su prometido. Tal vez a él no le gustase el golf.

Al diablo con ella, pensó coléricamente. Llegaría un día en que volver a verla, no le escocería íntimamente. Se dirigió al compartimento de profesionales, preparado para la bronca.

Ted Sinclair era el clásico excampeón. Alto y enjuto, con ojos grises muy sinceros.

Frunció el ceño al ver a Riordan y le señaló el despacho, precediéndole:

—Mike, me tienes preocupado, de veras. El tono era paternal.

—Escuche, patrón, su maldita señora Brandon…

—Ella es lo de menos, muchacho. Lo que me preocupa es que desde tu regreso del campeonato, eres una calamidad. Y no es culpa mía si eres un fracaso, Mike.

Riordan crispó las mandíbulas, pero, implacable, prosiguió Sinclair:

—Fracaso, sí, señor. Y tienes que afrontar la verdad cada vez que te mires al espejo. Algún día podrás ser campeón, pero hoy por hoy, eres un entrenador profesional, y te has de aguantar. No basta con soportar aficionados torpes. Hay que animarles, tratar de venderles equipos… En una palabra, tienes que ser amable, y hacer prosperar el negocio.

¿Entendido?

—Entendido.

—Pues sonríe a la clientela, Mike. Ten presente que es una suerte que cobres en este club, porque dispones de un magnífico campo para entrenarte. Bien, bien —y su tono se ablandó—: Yo también fui a un campeonato hace quince años, y volví como tú. Sin un céntimo. Tardé en recobrar la moral, hijo, pero cumplí en el club que me dio empleo. Imítame y pórtate bien con la clientela… o tendré que despedirte, hijo.

Mike Riordan quedó a solas. Su primera reacción fue rabiosa. Se dirigió hacia la puerta, bien decidido a gritarle a Sinclair que se despedía, que no aguantaba a nadie…

Pero cerca de la puerta, se vio reflejado en el espejo lateral… Un extraño desconocido le miraba. Un tipo rubio, de tez bronceada,

adusto… Ya… Mike Riordan. Una calamidad, un fracaso.

Y no podía culpar a Vivian Todd. Se habían conocido en un concurso de aficionados. Ella pintaba, y tenía amistades extravagantes. Sus padres se habían separado siendo ella una niña.

Había crecido al cuidado de un tío suyo, artista de cerámica. Y los tres primeros meses de su noviazgo habían sido fantásticos. Tormentosos.

Disputas y luego las sabrosas reconciliaciones. Ella queriendo casarse rápidamente. Pero Mike Riordan tenía ilusiones. Ganar un campeonato, e instalar a Vivian en un hogar lujoso.

Vivian había insistido en acompañarle por la gira, pero él dijo que no era panorama para una mujer. Comer apresuradamente, dormir por mesones de carretera. Discutieron. Y la última discusión había sido terminante.

«—Yo no te esperaré, Mike, Nos casamos ahora o nunca, cariño».

Mike Riordan pensó que aquello no era más que orgullo femenino y terquedad. Ella le esperaría. Pero ella no le esperó.

Enfriada ya su cólera contra Sinclair, fue Riordan a la tienda, para desempaquetar el nuevo material que había llegado. Al día siguiente trataría de vender algún equipo para complacer al viejo Ted.

A las siete de la tarde, quedó dueño del campo. Encendió las luces, y estuvo practicando tres horas. Sería campeón. Tendría que serlo.

El siguiente día era un sábado húmedo. Pasó la mañana siendo el profesional amable y perfecto. Por la tarde, a las cuatro vio aproximarse a Vivian Todd.

Jugaba sin portador. Y contemplándola, Mike Riordan respiró con cierta opresión.

Estaba preciosa con aquella blusa blanca y el «*shorts*» granate.

Desde la ventana del cuarto de banderines, trató Riordan de sonreír amistosamente, al verse enfocado por los ojazos oscuros:

—Hola, muchacha. Ha mejorado mucho tu estilo.

—Lo celebro. Adiós.

Y siguió ella alejándose. Sin volver la vista, y sin afectación. Era así, cuando quería «aislarse, pensar»…

A las cinco, entró Riordan en la tienda. Con tono demasiado suave, preguntó Ted Sinclair:

—¿Vendiste un juego de palos a un tipo llamado Rossiter esta mañana?

—Eso es. ¿Está satisfecho de mí, patrón?

—Le descontaste veinte dólares por sus viejos palos. ¿Por qué?

—Hombre… Se pueden aprovechar…

—¡Atiende, Mike! —Y estaba Sinclair enojado—. La próxima vez que vendas material, me consultas.

—Bien, bien. Yo creí…

—Quédate por aquí. Regresaré a las siete.

A las cinco y media, Riordan había fumado varios pitillos, sin que nadie se presentase en la tienda, y sin lograr apartar de su mente a Vivian. Pasó a la trastienda, donde estaba Jerry, un portador de catorce años, acariciando también sueños de ser un campeón.

—Voy a practicar un poco, Jerry. Vigila la tienda, ¿quieres? Asintió el muchacho con cierto temor.

Sinclair no permitiría que Jerry atendiese la tienda, pero como no iba a regresar hasta las siete, pensó Riordan que se le presentaba ocasión de hablar con Vivian.

Trataría de obtener alguna explicación. Y fue empujando la pelota en largos golpes, calculando que ella estaría ya hacia el octavo agujero. La vio entre los robles y, al acercarse, trató de parecer casual:

—Podemos llegar al noveno juntos, ¿no, Vivian?

Ella hasta entonces había mantenido los labios prietamente unidos:

—¿Por qué, Mike? Tragó saliva Riordan.

—Muchacha, ¿no crees que tengo derecho a una explicación? Sabes muy bien que yo no me fui de paseo ni juerga. Sudé la gota gorda, hasta quedarme sin un centavo. Sinclair fue decente, y me colocó en la nómina de este club, pero yo tardé una semana en reponerme. Entonces, fue cuando fui a ver a tu tío y me enteré que eras la prometida oficial de un tipo llamado Sterling Landis.

—Y supusiste que fue por despecho, ¿no?

—Lo que deseo saber es si le quieres.

Le miró ella con expresión muy distante:

—Tengo que decirte lo que no te gustaría oír, Mike. Contigo no fue un amor real. Peleábamos por tonterías, constantemente. Era

algo inestable, un amor de adolescentes. Con Sterling fue y es distinto…

—Ya. Él estaba a tu lado, y yo no.

Vivian Todd enfiló la trayectoria del palo con la pelota, y golpeó en seco directo. Echó a andar. Comentó Riordan:

—Algo alta tu derecha, Vivian.

No contestó ella. Sudorosas las manos, golpeó él su pelota. Levantó un poco de arena, y la pelota rodó débilmente. Sonrió la joven irónicamente:

—Algo baja tu derecha, Mike. Acabemos, ¿quieres?

—Pero ¿por qué?

—Escucha, no sirve de nada… Ya hace ocho meses que terminó todo entre nosotros.

¿Por qué no vuelves a tu tienda, Mike?

—Lamento haberla molestado, señorita Todd. Le juro que no se repetirá. Muy ofendido, Riordan recogió su saco de palos. Y entonces, susurró ella:

—¡Maldito seas, Mike!

Riordan dejó caer su saco, y avanzó hacia la muchacha. Los ojos obscuros se agrandaron y la boca se redondeaba en una negativa. Y apenas la enlazó Riordan, ella forcejeó, hurtando el rostro, empujando con las manos… De pronto, dejó de luchar y fue una mujer llorosa, correspondiendo a los besos de Riordan.

Cuando por fin la soltó, ella, retrocediendo, se limpió las lágrimas:

—No puedo volver a verte, Mike, porque está mal… Si hoy he sido débil, fue porque… ayer sorprendí a Sterling cortejando a otra mujer. Pero yo sigo queriéndole.

Mike Riordan no encontró respuesta. Y la siguió en silencio. Ante el agujero noveno, había un individuo esperando. Un hombre alto, bronceado.

Al verle, Vivian emitió un gemido de sorpresa y retiró precipitadamente la mano que Riordan estaba sujetándole. Murmuró ella:

—Hola, Sterling.

La sonrisa de Sterling Landis irradiaba blancura. Su voz era honda:

—Eres una prometida difícil de localizar, Vivian.

Sus azules ojos penetraron a Riordan, que sintió el impacto.

Sterling Landis tenía una gran personalidad, matizada del indefinible encanto de las estrellas de cine, titanes de la industria y jefes de venta.

—Hola, Sterling —saludó Riordan, algo ceñudo. Landis se limitó a asentir sin tender la mano. Dijo:

—Podemos volver hacia el club, querida. Golpea tú primero.

—Juega con Mike. Yo estoy cansada.

Landis golpeó su pelota, que en magnífico arco recorrió unos cincuenta metros. Riordan lanzó la suya a unos ochenta. Andando, oyó atrás como Sterling Landis se excusaba por no haber aclarado antes la «pequeña confusión» del día anterior.

Al quinto golpe, Landis aventajaba a Riordan en unos quince metros.

De reojo, vio Riordan que, en la terraza, Ted Sinclair les acechaba a los tres. Golpeó y su pelota llegó a dos pasos del último agujero.

Landis empujó casi con indolencia, y su pelota entró. Entonces, dando media vuelta, sonrió avanzando hacia Riordan.

—Gracias por la partida —dijo con tono agradable—. Por cierto, se olvidó usted de pasarse el pañuelo por los labios. Luce carmín.

Y asestó un rápido gancho, en corto.

Fue como un martillazo, y cuando los ojos de Mike Riordan cesaron de girar como los números en una registradora, se vio sentado en la hierba. Intentó levantarse, pero sus brazos y piernas estaban algodonados. Pensó que el futuro marido de Vivian, además de celoso, poseía el «punch» de Rocky Marziano.

Cuando consiguió ponerse en pie, tambaleándose, vio como Vivian y Landis llegaban al aparcamiento de coches. Ella miró hacia atrás, tímidamente. Landis la ayudó a entrar en el «Jaguar» granate, que se alejó como una exhalación.

Apenas entró en la tienda, oyó sin sorpresa la breve sentencia:

—Quedas despedido, Mike.

—No fue por mi culpa, palabra.

—No me importa de quien sea la culpa. Ya no me sirves, Mike. ¿Te parece bien que te pague dos semanas?

—Bueno.

Contó Sinclair el dinero y entregándolo afirmó:

—Te deseo suerte, Mike. De veras. Adiós.

Mike Riordan, conduciendo su «Ford» de dos plazas, pensó que Sterling Landis, además de saber aplicar un gancho puntillero, era un pájaro muy sádico. Porque le podía haber agredido desde un principio. No esperar a que estuviera Ted Sinclair, el patrón, en la primera fila de «*ring*».

A tres manzanas de la playa, tenía su departamento de soltero. Cama, despachito, baño y calentador en el mínimo espacio. Sesenta al mes, pero la gerente había ya avisado que a partir de Julio la renta subía a noventa.

Y Mike Riordan, sentado en el catre del despachito, empezó a meditar en el problema de Mike Riordan, cesante, parado y sin dinero.

Se durmió soñando con Vivian.

A la mañana siguiente, estaba afeitándose en el angosto camarote que era su cuarto de aseo, cuando llamaron en la puerta.

Pensó en la gerente, porque adeudaba el alquiler. Desde el umbral del cuarto de aseo, invitó:

—Adelante.

La puerta se abrió, y entró Sterling Landis.

CAPÍTULO II

Durante un largo instante, Mike Riordan se limitó a mirar, sintiendo que el jabón se le secaba en la cara. Allí estaba Landis, guapo, elegantísimo con su traje tabaco y la blanca camisa de corte especial, que debía costarle por lo menos cuarenta dólares.

—Sinclair me dijo que podría encontrarle aquí. ¿Me permite?

Lo anunció casi con humildad, cerrando la puerta, y avanzando. Su mirada calculó en rápida ojeada el valor mobiliario. Después se fijó más en el tablero de ajedrez.

—Veo que le gusta el ajedrez —y sonrió cálidamente. Como si fueran viejos amigos.

En el tablerillo estaba hincado el problema que la noche anterior trató Riordan de resolver, sin lograrlo. Y Landis, aproximándose a la mesita, contemplaba las piezas y decía:

—Capablanca y Alekin. Partida de Londres, año 28. Dama toma alfil seis, y mate en cuatro. ¿No?

—Eso es —gruñó Riordan, acercándose al tablerillo, imprecando mentalmente. Una solución sencilla. Dama tomando alfil…—. ¡Bueno! ¿A qué ha venido?

—A presentarle mis excusas, Mike.

Exhibía una sonrisa que hubiera hecho llorar a un verdugo. Sus azules ojos parecían algo avergonzados. Pero su espléndida personalidad de hombre triunfador en la vida, hacía aún más mísero aquel cuarto.

Pertenecía a la «élite», al clan de los dueños de yate.

—Bien. Ya se ha excusado. Pero a mí me despidieron. Y ahora, fíjese dónde está la puerta y lárguese.

Los ojos azules adquirieron una expresión soñadora. Tensó Riordan los músculos. No le volvía a cazar por sorpresa. Pesaría

unos diez kilos más, pero estaba ansiando que intentase otro gancho.

Sterling Landis rió y fue a sentarse en el catre. Su mueca era simpática:

—No le reprocho que esté rencoroso, Mike. Escuche, ¿le interesa ser el jefe profesional en Pismo Beach?

—¿Eh… qué…? —Se atragantó Riordan.

—Empezará a setenta mil por año, además del porcentaje sobre ventas, naturalmente. No es ninguna obra de misericordia, Mike. Necesitamos de veras un buen profesional en Pismo Beach. Es más, estoy en un compromiso porque le prometí a mí jefe que contrataría a un profesional antes de veinticuatro horas.

Era un golpe demasiado apabullante. Débiles las rodillas, Mike Riordan tuvo que sentarse. Pismo Beach era un nuevo club, no muy lejos de Santa Bárbara. Para multimillonarios distinguidos.

Alelado, preguntó Riordan:

—¿Su jefe…?

—El dueño, Leo Ketchum —y pronunció los nombres como si aludiera a un emperador—. Yo soy su gerente de negocios, abogado y nodrizón. ¿Ha oído hablar de Leo Ketchum?

—Es uno que posee destilerías y flota mercante, ¿no? —Y de pronto parpadeó.

Riordan. Sopla… ¿No es el que hace dos años ocupó semanas enteras la Prensa? Algo referente a sobornos y contrabando de drogas… Recuerdo ahora que la Prensa le llamó Al Capone de la costa.

—El tribunal se abstuvo de mantener la acusación contra él. Es cierto que había sobornado a unos cuantos personajes para obtener contratas de transporte costero. ¿Y qué contratista no lo hace? En cuanto a lo de droga, eso era pura calumnia. La Prensa se metió con Ketchum parque uno de sus amigos es un personaje que tiene casinos, y los chicos de la Prensa intentaron demostrar en vano que aquella amistad indicaba culpabilidad.

Sonreía Landis, como ansioso de convencer a Riordan. Éste sabía que Leo Ketchum era considerado como un gánster inteligente, pero sangriento.

—¿Por qué intenta venderme a Leo Ketchum?

—Es un excéntrico. Uno de esos hombres autodidactos que

adoran la fuerza. La semana pasada despidió al jefe de profesionales, sólo porque era un golpeador en corto, que no rebasaba los doscientos metros.

—¿Quién era?

—Jim Jorgen.

—Caray… Jorgen fue campeón dos años seguidos en el torneo Oeste, y uno de los jugadores finos que existen.

—Sí, pero golpea fino, no recio.

—No lo entiendo. ¿Por qué, de buenas a primeras, pasaría yo a ser jefe profesional en Pismo Beach?

Landis habló con la paciencia de un abogado ante un analfabeto:

—Usted golpea en largo y con fuerza. A Leo le encanta la fuerza. Porque él lo hace como un mulo, sin finura. Y es difícil de manejar, porque no admite consejos. Dice Vivian… —Y se sonrojó levemente —. Asegura ella que usted es un buen profesor. Es casi seguro que allá no durará usted ni un mes, pero puede intentarlo. ¿Quiere?

—¿Cómo que no duraré ni un mes? —Gruñó Riordan, fastidiado. Le reventaba la arrogancia, el matiz de reto que ponía Landis en aquella frase, y afirmó—. Esta tarde iré a Pismo Beach.

Sterling Landis pareció muy complacido, tendiendo la diestra. Pensó Riordan que era como un camaleón. A ratos dando la impresión de un cínico muy inteligente, y de pronto con aspecto de muchacho tímido.

—Si no le importa, deme su historial, Mike. Porque me lo puede pedir Leo.

Explicó Riordan. Universidad, campeón aficionado de golf. Padres muertos en accidente de coche, mientras él estaba en Corea. El fracaso en las giras profesionales. La oferta de trabajo por Ted Sinclair.

Para nada mencionó a Vivian.

Se fue Landis, y, a solas, Riordan fumó pensativo. Tratando de explicarse la fascinación que ejercía Sterling Landis.

Días después averiguaría que hasta el demonio puede ser encantador. Y que en el parque zoológico, los tigres y las panteras fascinan. Días después, Mike Riordan tendría una teoría personal.

Las fieras carnívoras segregan una personalidad que paraliza a sus presas, impidiéndolas razonar. Pero las fieras carnívoras podían ser de dos piernas, y conocerse en bares, fiestas, camufladas en la

jungla de acero y mármol… o en sus clubs de golf.

Pero en aquel momento, la percepción razonadora de Riordan estaba entumecida. Acabó de afeitarse, repitiéndose mentalmente que aquella ganga era como una broma del destino.

Pero que lo importante era el dinero que suponía. La posibilidad de ahorrar unos miles y poder tomar parte de nuevo en los caros torneos de gira.

Por la tarde, una brisa agradable soplaba del Pacífico mientras conducía por la carretera costera hacia Pismo Beach. Un pequeño poblado costero. Un «motel», tres puestos de gasolina, y dos cantinas.

Un embarcadero con el letrero «Privado», y el «Gaylor Hotel». Apabullante con su piscina entre palmeras, y sus tres pisos extensos. A la luz de la luna era como el palacio de un rajá.

Dos años antes, la Prensa escandalosa había calificado el «Gaylor Hotel» como un templo de la corrupción, nido de estrellas del celuloide y millonarios caprichosos. Un lugar donde todo podía comprarse a base de muchos miles.

Viró Riordan por la carretera entre verdes colinas hasta rodar por la alameda del club de golf. El edificio era una miniatura del «Gaylor».

Aparcó su «Ford» baqueteado, entre un «Rolls» y un «Cadillac».

En el mostrador de la tienda se reclinaba un hombre enjuto, de corta talla, con mirada de lagarto, que preguntó:

—¿Es usted miembro del club, señor?

—Busco a Sterling Landis —y pensó Riordan que ahora estallaría la pesada broma. Aquel tipo diría que no conocía a ningún Landis, y que hiciese el favor de buscarlo en otra parte.

Pero el otro sonrió, obsequioso:

—Usted debe ser el señor Riordan. Me llamo King Block. Mientras, ¿desea usted echar un vistazo al campo?

—Gracias. Voy a ello.

Saliendo fuera, caminó Riordan estudiando el terreno. El primer hoyo era un llano césped esmeralda, flanqueado de robles. Un lago azul seccionaba el segundo trayecto, y más allá estaba el otro césped.

Y allí se hallaba Vivian, sola y concentrándose en un toque sesgado. Volvía la espalda, por lo que, acercándose, susurré

Riordan:

—Hola, muchacha.

Falló ella el golpe por un palmo, y le miró como contemplando un fenómeno. De nuevo tuvo Riordan la impresión de que en ella había un íntimo pánico, dominado. Dijo sarcástico:

—Cálmate. Sólo ataco a las novias ajenas los sábados por la tarde.

—¿A qué has venido, Mike?

—Tu prometido me ofreció trabajo. Nada menos que monarca de Pismo Beach. Y los mendigos no podemos elegir. Este empleo me puede dar unos miles, que me permitirán acudir al próximo torneo.

—No podrás congeniar con Ketchum… Es maligno. Vas a ser su tercer entrenador en lo que va de año. Escucha, Mike, ¿cuánto dinero te hace falta?

—Con un par de miles, podría… ¿Por qué?

—Te presto esos dos mil, Mike. No es caridad. Llámalo una inversión en tu futuro. Me extiendes un recibo y me devuelves el préstamo sobre tus primeras ganancias en la gira.

¿Vale?

La contempló fijamente. Había algo raro en la intensidad con que ella anhelaba que aceptase. Contestó furioso:

—Que me pelen si lo entiendo. Tu futuro me ofrece el empleo, y su futura, dos mil para que renuncie al empleo.

Intentó alejarse, pero él la retuvo, cogiéndola por los brazos:

—Le tienes miedo a Sterling. ¿Por qué? ¿Y por qué estás tan ansiosa de que no acepte este empleo?

Replicó ella en tono cansado, desprendiéndose de las manos masculinas:

—Olvídalo. Es sólo que… Sterling es caprichoso, y a veces sus caprichos hieren a la gente.

—Repito, Vivian. ¿De veras le quieres?

—Sí. Le quiero y mucho, Mike. Adiós.

Se alejó hacia el edificio. Riordan permaneció pensando intrigado: ¿por qué mentía ella? Caminó Riordan hacia el tercer hoyo. Hacía allí un hombre moreno, macizo, practicando el toque corto. Alzó la vista, mirando agudamente:

—¿Usted es Riordan?

—Soy. Y usted… debe ser el señor Ketchum.

—Llámeme Leo —y su diestra estrechó en zarpazo. Sus ojos eran menta helada, bajo espesas cejas—: O sea que usted es el último hallazgo de Sterling. Me dice que es un buen maestro.

Su voz era áspera. Representaba unos cuarenta y cinco años, duros y sólidos. Su cabello plateaba enmarcando rasgos aceitunados. Griego, posiblemente, pensó Riordan, al contestar:

—Depende del discípulo, señor Ketchum.

Con mueca carente de buen humor, tendió Ketchum su palo:

—Vamos, pegue un directo largo, Riordan. ¡Venga!

Sopesando el palo, dominó Riordan su enojo. No cabía duda que Ketchum tenía mucho más dinero que modales.

Tanteó Riordan, preparándose a asestar un directo, resonando en su mente: «Leo adora la fuerza. Pega como un mulo».

Golpeó Riordan. Resultó uno de los directos más largos de su carrera. La pelota zumbó en trayectoria casi rasante, pasando por encima del lago, elevándose un poco, y finalmente rebotó dos veces, arrastrándose hasta unos metros del segundo hoyo.

Unos doscientos veinte metros.

—No está mal —gruñó Ketchum—. Ahora, mire.

Cogió el palo, colocó su pelota, y tomó tiempo en calcular y medir. Empuñaba como un bateador de pelota base, plantando los tacones. Su estilo desentonaba de lleno con el distinguido club de Pismo Beach.

Riordan le veía en imaginación, a proa de un barco pesquero. Un griego moreno y colérico, dando broncas a la tripulación. Leo Ketchum, que a zarpazos se había abierto camino hasta poseer tres destilerías y una flota pesquera mercante. Leo Ketchum, dueño del «Gaylor Hotel», y del club de golf de Pismo Beach.

Un gánster amoral, sin escrúpulos y, sin embargo, impregnado de una melancolía infantil. Ketchum golpeó la pelota, que silbó, pero a cien pasos perdió altura y cayó dentro del lago.

Fríamente, comentó Ketchum:

—Es culpa de palos y herrajes. Usted ha de solucionarlo, ¿estamos? Pero sin cambiar mi estilo. Queda contratado. Setecientos al mes, y lo que pueda robar en la tienda. Si intenta cambiar mi estilo como pretendió Jorgen, toma el portante, ¿estamos?

Por un instante, Mike Riordan quiso contestar: «Váyase al

cuerno. Se acabaron los tiranos, ¿estamos?».

Pero lo que le contuvo, fue que bajo el tono áspero había como cierta súplica. Era la fiera actitud del hombre demasiado orgulloso para rogar. Y se refería a algo más que un simple toque de golf. Necesitaba algo que el dinero no le podía conseguir.

—Lo que me pide es casi un milagro.

—Por eso mismo pago bien.

—Veamos… Repita el golpe.

Durante cinco minutos estudió Riordan el estilo de Ketchum. Plantaba demasiado los tacones, y empuñaba demasiado también con la derecha. Si no soltaba más la muñeca, no conseguiría rebasar los ciento veinte.

—Bien, Riordan, ¿qué?

El empleo significaba tener un espléndido campo de entrenamiento a cualquier hora.

Significaba estar cerca de Vivian, y arrancarle la máscara…

Pero Mike Riordan contestó:

—Lo siento, señor Ketchum. No puedo ayudarle a menos que acepte usted variar su postura de toque.

Se alejó Riordan, clavada en su espalda la mirada verdosa de aquel hombretón orgulloso, demasiado terco para cambiar su postura y estilo. Pero cabía un medio para mejorar su toque, pensó Riordan, yendo hacia el aparcamiento de coches. Encogió los hombros y, dando media vuelta, fue al local del personal, donde King Block le acogió con una mueca:

—¿Duro el jefe, no?

—No tan duro —y seleccionó Riordan un palo en el rimero—. Deme destornillador y plomos.

King Block fue contemplando como Riordan desmontaba el borde exterior de la plaqueta de toque.

—Vaya… ¿Añadiendo peso, eh?

—¿Tiene una idea mejor para rebajarle la presa al jefe?

Block se mordió el labio, denegando. No se le había ocurrido. Era un truco no admitido en competiciones. Añadió Riordan plaquetas de plomo, y en la báscula comprobó el resultado.

Era como añadir media libra de peso a una raqueta de tenis.

—Suerte, talento —dijo Block, a modo de despedida.

Ketchum seguía en el tercer hoyo. El ansia en el tono desmentía

la mueca sardónica:

—¿Se olvidó algo, Riordan?

—Pruebe con este palo, Leo.

Lo sopesó Ketchum intrigado, y dijo:

—¿Cuál es la idea que se trae entre cejas?

—Dele a la pelota.

Gruñendo, Ketchum tomó posición. Golpeó exactamente como antes. Hincados los tacones, virando poco el busto, y empuñando alto. Pero hubo una diferencia en el resultado.

La pelota no adquirió el efecto de «caída», y zumbó por encima del lago, rebotó tres veces, y se detuvo a unos treinta pasos del hoyo segundo, un recorrido de ciento ochenta.

Leo Ketchum susurró algo en griego. Miró su palo, y colocó otra pelota. El resultado fue casi el mismo, sólo que la pelota, desviándose un poco a la derecha, recorrió unos ciento noventa metros.

Emocionado, murmuró Ketchum con admirativo afecto:

—Es usted un granuja bribón.

—¿Quedo contratado, señor Ketchum?

—¡Llámeme Leo! Y no lo olvide, granuja. Cuéntele a Leo qué diablos ha hecho usted.

Lo de «granuja y bribón» erizaba un poco, pero estimó Riordan que era parte del «estilo» del nuevo patrón. Explicó lo que había hecho, añadiendo:

—Pronto irá compensando el peso de plaqueta, y empujará ya hacia la derecha la pelota. Y entonces… me despedirá usted.

Rió Ketchum a carcajadas alegres, palmeando el hombro de Riordan. Después, crispó los dedos en torno al hombro. Dedos acerados, que dolían.

—Usted ocupará la casa de huéspedes, junto a la de King. Será el amo residente. Mañana contrata un cuidador de césped y dos ayudantes. La próxima semana haremos un concurso de aficionados, para atraer a unos cuantos cursis. Usted me va a dar categoría, Mike.

Le cogió por el codo, caminando hacia el aparcamiento. Explicando que se proponía hacer del Pismo Beach, un gran club. Ondeó la mano, llamando a una pareja.

El hombre era una hermosa estatua, y la mujer una delicada

«madonna» de cabello platinado y rasgos de camafeo. Ella besó a Leo en la mejilla:

—Logré tres directos de ciento diez, cariño. Rudy aceptó con galantería la derrota.

—La próxima vez no doy ventaja —aseguró Rudy—. Ella me pega ya en el segundo trayecto. Al menos que me invite a una copa.

—Champaña en mi casa —brindó Leo—. Conozcan a mí nuevo campeón, Mike Riordan. Acaba de mejorar mi gancho. Mike, ésta es Marina, mi futura costilla. Y Rudy Wilson es un ladrón con talento.

Rudy Wilson dio una cabezada amistosa. Y Marina contempló a Riordan en ojeada calculadora. Tenía los ojos de un azul miosotis, y sabía mirar como si contemplase al único varón sobre la tierra.

Wilson no ofreció la diestra. Se veía que consideraba que Leo acababa de comprarse un nuevo juguete, a setecientos dólares mensuales.

—Tú y Marina me seguís en tu coche. Yo tengo que orientar a mí nuevo campeón.

Iremos en mi carro.

El carro de Leo era el «Rolls». Murmuró Riordan que no quería dejar allí su cacharro, pero sin prestarle la menor atención, Leo le palmeó la rodilla:

—Usted tiene sesos. Nos llevaremos bien; Dentro de un mes verá cómo celebramos nuestra alianza, Mike.

Conducía con brusca destreza. Por el retrovisor, vio Riordan que a unos cincuenta metros, seguía Rudy Wilson en un negro «Lincoln», descapotado. A su lado, reía Marina, flotando el platinado cabello.

La casa de Ketchum era de estilo colonial, engarzada en un parque, con pabellones para invitados entre la piscina y los campos de tenis. Atrás de la casa, un sendero bajaba hacia la playa privada. Aparcó Leo entre dos «Jaguar» y un «Mercury», comentando:

—Amistades de Marina. Bah… Cursis de yate. Ella y Sterling se pirran por la alta —y de pronto sonrió con melancolía—: También yo. ¿Sabe que Sterling empezó como golfillo de puerto?

—¿De veras?

—Y tanto. Se fugó de su casa a los catorce. La primera vez que le vi era un mocito descargando pescado en los muelles de Morro Bay. Pero ya entonces tenía algo de águila. Astucia. Hambre de ser

alguien. Le di trabajo en mi barco. Por las noches, leía libracos. De leyes, y dramas de ese Shakespeare. Me dio una idea. Como yo era dueño de una pesquera, y estaba metiendo la garra en otros pasteles, necesitaba unos sesos a mí servicio. Sesos fieles. King Block me era fiel, pero sólo tiene músculos y es un bestia. Por eso cuando Sterling cumplió los diecisiete, lo enrolé en la Universidad para que saliese abogado. Se me graduó con mención de honor fue la inversión financiera más acertada que hice jamás. Ahora Sterling se saca doscientos mil por año para llevar mis negocios. Se ocupa de impuestos y todas esas porquerías de leguleyo, así como de las liquidaciones del «Gaylor», con lo que puedo yo perder horas jugando al golf.

Miró atrás Leo. Tardaban Marina y Wilson. Dijo:

—Quiero que se instale en uno de los pabellones de huéspedes. Vivirá aquí como King y Sterling.

—Leo y familia —murmuró Riordan.

—Exacto. Escuche, Mike. Hace dos años me llamaron de todo los de la Prensa. Hasta dijeron que yo era un jefe del sindicato criminal. Y eso me hizo pensar: «¿Qué jugo le sacas a la vida, Leo?». Y por eso me retiré para vivir como un caballero de campo. Y he comprado un club de golf, y una futura esposa distinguida. La única pega es el «Gaylor», porque dice Sterling que el hotel es un elefante blanco que me está costando un billete grande por día. Quiere que venda…

Volvió a mirar la alameda. No estaba visible el negro «Lincoln». Empezó Riordan a ponerse nervioso:

—¿Por qué no vende, Leo?

—Si vendo el hotel, Pismo Beach se convertiría en otro centro playero vulgar. Me gusta tal como es ahora. Limpio. Gente elegante. Y que me respeta.

Llegaba el «Lincoln» negro. Reía Marina muy divertida. Saliendo del «Rolls», Leo se dirigió hacia la casa, seguido por Mike Riordan.

CAPÍTULO III

La reunión estaba muy animada. En una esquina del monumental salón, tras el piano de concierto, Sterling Landis improvisaba. A su lado se sentaba una pelirroja cantando en francés. Un francés no apto para menores. El bar portable iba viajando del salón a la terraza. Los hombres evidenciaban el aplomo indolente de los que tienen sobrado dinero y tiempo que perder.

Las mujeres tenían aspecto de carísima distinción. No estaba Vivian. Dejó de tocar Sterling cuando entró Ketchum, seguido de Riordan. Las conversaciones fueron silenciándose. Con voz tensa, comentó Ketchum:

—Pensé que te había dicho que estuvieras en el aeropuerto, Sterling. Levantándose apresuradamente, se acercó Landis, tendiendo un telegrama:

—Su avión llega con retraso. Aterrizará esta noche en Los Ángeles. Dejé un aviso para él cuando llegase.

Se distendió Ketchum y palpó Riordan el alivio de los demás invitados.

—Hola, gente —sonrió Ketchum—. Todo en forma, ¿no? Continúen con sus juegos. Volvieron a sus conversaciones y juegos. Entraban Marina y Rudy Wilson. Ella acarició la mejilla de Ketchum antes de ir a la terraza.

Ketchum miró a Landis:

—Dile a King que me traiga unos emparedados. Y avísame cuando llegue Donati.

Viéndole subir las escaleras y desaparecer en el primer piso, sintió Riordan cierta lástima por el gánster «caballero de campo». Murmuró Landis:

—Tiene un complejo de inferioridad. Crea que las amistades de

Marina se ríen de él a su espalda. Éste es uno de los motivos por los que tanto ansia destacar en el golf, para tener clase.

Riordan no pudo dominar su lengua:

—Es una lástima que Leo no encontrara quién le pagase la carrera de abogado. Parpadeó Landis y, tras encajar, sonrió:

—Le gusta a Leo contar que me forjó, que me creó… Lo cual es cierto. Bien, ¿cenamos algo?

La cena fría era servida por un oriental de blanco «*smoking*». Los invitados bebían más que comían. Marina reía mucho los chistes de Wilson.

La pelirroja resultó llamarse Veronika, y no ocultaba sus intentos de seducir a Sterling.

La conversación era sumamente distinguida. Riordan se aburría a fondo.

Hasta que en la terraza apareció Vivian, fría y distante. Abandonando a Veronika, se acercó Sterling, solícito:

—¿Cómo va el dolor de cabeza, querida?

—Mejor, Sterling. Hola, Mike. Sterling Landis sonrió gentilmente:

—Creo que nuestro amigo se aburre. ¿Ajedrez, Mike? —invitó con tono protector.

—Estupendo —aceptó Riordan. Estaba ansiando vencer a Sterling en algo, aunque sólo fuera en ajedrez.

Jugaba desde los doce años, cuando contempló la primera exhibición de simultáneas que dio un famoso campeón. Y en la segunda exhibición del año siguiente, Riordan había logrado tablas.

Pero no había hallado nunca un rival como Sterling Landis. Que parecía mover las piezas sin plan preconcebido, hasta que dio el jaque mate.

En el salón, las parejas bailaban. Vivian jugaba al dominó con King Block, el que había recibido a Riordan en el club. Siguiendo la mirada, aclaró Landis:

—King Block es el guardián especial de Lee. Su perro fiel. Se haría despedazar por Leo. Está ofendido y asombrado viendo que Leo prefiere la vida sencilla del campo a la ruidosa de la ciudad y los «gangs».

—O sea que la Prensa tiene razón —comentó Riordan.

—En verbo pasado, Mike. Hace dos años, Leo se retiró de

ciertas… empresas. Le empezó la obsesión de ser respetable. Eligió por prometida a una distinguida vampiresa como Marina, y le dio por expulsar del «Gaylor» a las aventureras, y quitar la ruleta. Ahora el «Gaylor» le cuesta dinero, pero para él es como un símbolo de respetabilidad, al igual que el club, y en vez de vender el hotel, vende el Rubens.

—¿El qué?

—Después de la guerra, compró Leo un cuadro de Rubens, a un fugitivo que necesitaba dinero rápido para buscar escondite. Técnicamente, el cuadro sigue perteneciendo al Estado holandés, y es ilegal la compra de Leo. Es un autorretrato en miniatura, de valor incalculable. He conseguido entrar en relación con un coleccionista sudamericano que ha ofrecido trescientos mil dólares por el cuadro. Su representante llega hoy en avión, para comprobar si es un Rubens legítimo.

Se levantó Riordan, imitado por Landis, que dijo:

—Huele a lluvia. Vamos dentro.

Dentro, un disco emitía gemidos de violín. Marina bailaba con los ojos cerrados con el distinguido Rudy Wilson. No estaba Vivian a la vista.

Fue Riordan al bar, escanciándose un doble seco. El camarero filipino regresó de la puerta principal, acompañando a un hombre moreno, alto, con bigotillo y grandes ojos aterciopelados. Inquirió Landis:

—¿Señor Donati?

—Yo mismo —y Curt Donati hizo una leve reverencia, tendiendo su tarjeta de visita:

—¿Es usted el señor Ketchum?

—Ketchum está arriba. Por aquí, hágame el favor —y guiñando un párpado, invitó Landis:

—¿Le gustaría ver un Rubens legítimo, Mike? Venga.

Mike Riordan les siguió, escaleras arriba. En el rellano, giraron a la derecha, avanzando entre paredes de jade, hasta una puerta de roble, en la que llamó Landis dos veces. Un intervalo. Y llamó otras dos veces.

La puerta se abrió, y el chaquetón azul hacía más cuadrado a Ketchum, que estrechó la diestra de Donati, mientras decía Landis:

—Mike no ha visto nunca una obra maestra. ¿Puedo?

—Adelante —gruñó Ketchum.

El cuarto era extraño. Había una red de pesca en una pared. Una radiogramola de nogal con adornos de plata. Y un gran sillón a su lado. En el centro de la habitación, una mesa de póker, de tapete viejo. Junto a la ventana enrejada, había un atún disecado. En una panoplia, un cuchillo de pescador. Y un billete de a dólar, en un marquito.



—En pie, don Juan...

La luz indirecta del techo, iluminaba otro cuadro: el Rubens. Enmarcado en oro, el rostro de Rubens, de ojos sabios, pesados párpados, boca amargada, sonriendo misteriosamente.

Curt Donati, atravesando la habitación, estaba ante el Rubens. Leo Ketchum tocó en el codo a Riordan:

—Esto es mi refugio. Aquel dólar es el primero que gané. Con aquella red empecé hace treinta años. Aquel atún le costó la vida a mí hermano. El cuchillo es otra historia que no cuento. En aquella mesa, hace dieciséis años, jugando al póker de dos a la vista con otro griego llamado Pimprolanis, gané sesenta mil que me permitieron salvar un bache. Todo lo de esta cueva tiene su historia.

En tono respetuoso, intervino Donati:

—¿Me sería permitido quitar el marco, señor? Asintió Ketchum, dejando el cuadro sobre la mesa:

—Vale trescientos mil, y espero que entienda en pinturas, Donati. Se irguió el técnico con arrogancia:

—Señor Ketchum, durante tres años representé la Academia de Arte Sudamericana. Después de la guerra, me contrató el gobierno francés para dar mi informe sobre obras maestras recuperadas. En mi especialidad, sólo admito a un igual. Un inglés llamado James Holmes.

Rió Ketchum sin alegría:

—Una vez le pagué a ese Jim Holmes cinco mil para que me dijese que sí, que este Rubens era el legítimo. Si usted se iguala a Jim Holmes, entonces entiende de pintura.

—Desde la guerra he dado certificado de legitimidad a varios cuadros. Obras maestras dadas por perdidas. Y lo están para los museos. Pero coleccionistas como usted mismo, siguen admirando estas obras privadamente… si poseen el suficiente dinero, y saben relacionarse con las personas necesarias.

Con infinita delicadeza, retiró Donati el respaldo del marco.

—Aquí estaba bien guardado —comentó Ketchum.

—Éste es un refugio muy especial —sonrió Landis—. Blindado como el interior del Banco Nacional. Para entrar, pierde Leo minutos desconectando los aparatos de alarma.

—Exacto —admitió Ketchum—. La alcoba de Sterling comunica con este refugio, y sólo él y yo conocemos la combinación de las puertas. ¿Ve las barras de la ventana, Mike? Parecen flojas, pero

tóquelas y se ganará una descarga de mil voltios. Intente derribar la puerta y se…

Un alarido rasgó la noche. Un alarido femenino, elocuente de terror. Sterling Landis ya estaba fuera corriendo, antes de que Leo reaccionase siguiéndole. Riordan y Donati cerraron la marcha.

En el rellano se inclinaron todos para mirar al vasto salón. Los que jugaban a diana con flechitas formaban un grupo silencioso junto al bar. No estaba Rudy Wilson.

Al pie de la escalera, King Block adoptaba una postura de hombre apenado, pero dijo jovialmente:

—Un pequeño accidente, Leo. Yo estaba echando flechitas, y fallé la diana. Total, arañé un poco la mejilla de Wilson. ¿No es verdad, Marina?

Marina asintió. Estaba junto al dintel de la terraza. Leo Ketchum miró alternativamente a su prometida y a Block.

En la terraza, Rudy Wilson se encogía sosteniéndose el rostro entre las manos. Le atendía el camarero oriental.

Leo Ketchum regresó a su refugio. Donati, con sonrisa de hombre de mundo, sacó una lupa del bolsillo. Landis escrutaba a Riordan.

De pronto, Donati chasqueó la lengua contra el paladar con expresión de disgusto, embolsillando su lupa. Dijo lentamente:

—Señor, su broma es de mal gusto. ¿Dónde está el Rubens?

—No capto la onda, amigo —masculló Ketchum.

—Comprenda que es fastidioso volar cinco mil millas para decirle a usted que este cuadro ni siquiera es una buena imitación.

Durante unos segundos, pareció que los tres oyentes contenían la respiración. Por fin, Landis dijo fríamente:

—Este lienzo fue declarado legítimo hace seis años por James Holmes.

—Pregunten a cualquier marchante local. No necesitan un experto para que les diga que esto es una burda imitación.

Los verdes ojos de Ketchum tenían estrías felinas.

—¿Me está usted diciendo que compré una porquería?

—Lo siento. Y mi cliente se sentirá muy…

—¡Su cliente puede irse al infierno! ¡Maldito holandés, que me timó cien mil del ala!

¿Cuánto le pagaría al cerdo de Holmes?

—Puedes vender el hotel, Leo —aconsejó Landis.

—¡Fuera! ¡Fuera todos vosotros!

En silencio salieron los tres. Por la escalera, Landis le aseguró a Donati que lamentaba mucho la molestia. Cortésmente, replicó Donati:

—Sucede con más frecuencia de lo que puede suponer. Después de la guerra, el mercado se vio invadido de obras maestras procedentes de Europa. De todos modos, esta imitación es execrable.

King Block estaba sentado junto al bar. Solo. Declaró solemne:

—Se acabó la fiesta. Marina se acostó y Vivian ha ido a pasear. ¿Quién juega al dominó?

Landis siguió presentando excusas a Donati rogándole se hiciera cargo de la exasperación de Ketchum.

Riordan salió a la terraza. El aire estaba húmedo, y olía a lluvia, fue buscando hasta encontrar a Vivian junto a la piscina. Sentada en una mecedora.

—Llegas tarde, Mike. Hace una hora que te espero. Sentándose a su lado, replicó Riordan:

—He estado contemplando un falso Rubens.

—¿Falso? —Respingó ella.

Contó Riordan lo sucedido y, poniéndose en pie, murmuró ella:

—Pobre Leo. Voy a irme…

—No, no, muchacha. Tenemos que hablar. Sin falta. Suspiró ella:

—Bien, Mike. Acabemos de una vez.

—Mejor que nadie pueda oímos, ¿no crees? —Y señaló los coches aparcados.

Vivian Todd se instaló tras el volante del «Jaguar» granate. Condujo hasta el final de la carretera privada, y apagó los faros. Riordan encendió dos cigarrillos. Ella aspiró a fondo, y dijo:

—De acuerdo, Mike. Soy una malvada, que me prometí a Sterling sólo para hacerte sufrir. Y también porque él posee un buen empleo, es guapo y tiene fortuna. Tú no tenías nada. Eso es lo que querías oír, ¿no?

—Gracias —silabeó Riordan, trémulo—. Y supones que ahora debo odiarte y largarme.

¿Es así?

—Escucha, Mike. Conocí a Sterling tres días después de que te

fueras de gira. Intenté resistir su cortejo, palabra, Mike. Pero no tienes idea de su fuerza de persuasión. Cuando desea algo es imposible disuadirle. Y anunció nuestros esponsales.

En voz baja añadió ella:

—Y aun ahora, no sé seguro qué es lo que Sterling siente por mí. Por eso he ido retrasando la boda.

—¿Y tú qué sientes por él?

—Atracción. Y miedo. Sí, miedo. Debo ser más nerviosa de lo que creía, y él debe poseer dotes hipnóticas —trató ella de reír—. Lo cierto es que le tengo miedo.

—¿Aun después de averiguar que Leo le domina como a un muñeco?

—Sterling me repite que pronto se librará de este empleo, y que entonces nos casaremos y viajaremos, Pero nace apenas tres días…

—Sigue, mujer. Soy de confianza, ¿no?

—Pues hace tres días, Sterling creía que yo estaba en el golf. Pero vine aquí, y lo sorprendí con Marina… Ayer con Veronika… Ya no aguanto más. Mañana le diré a Sterling que nuestro compromiso queda roto. Necesito irme, aislarme… Y tal vez dentro de unos meses, podré volver por aquí, y admitir que tú y yo… Ahora no, Mike. ¿Puedes comprenderme?

El relámpago culebreó por el cielo, y la lluvia empezó a repicar, tras el redoble del trueno. Mike Riordan sintió odio contra Sterling Landis.

—Bien, te comprendo, Vivian. Volvamos. Puso ella el contacto, pero no embragó. Dijo:

—Tú viniste aquí sólo por mi causa. Por lo tanto, ya no tienes por qué quedarte.

—¿Por qué no? La paga es de setecientos pavos.

—Pero odiarás todo esto. Es como una prisión…

—Sí, pero con rejas de oro. Y los dos tendremos lo que queremos. Tú, soledad y aislamiento. Yo, un empleo bien pagado, y si me aburro, siempre habrá misericordiosas damiselas para consolarme. Bastará con que Sterling me de una tarjeta de recomendación y…

Vivian Todd asestó un bofetón, primero. Después un puñetazo. Golf y tenis le habían dado buenos músculos. Esquivando golpes, apremió Riordan:

—¡Basta, muchacha, o te vas a hacer daño, caray!

Relampagueó y el trueno retumbó ensordecedor. Consiguió Riordan cogerla por los hombros. Ella, pasado el arrebato, sollozó, rodeándole el cuello. Se besaron.

Apasionadamente. Y después, llorando mansamente, reclinó la cabeza contra el hombro del hombre, que fue diciendo:

—Vamos, vamos, nena. Todo pasa, caramba. Verás como todo pasa…

—Te quiero, Mike.

—Te quiero, Vivian.

—Un diálogo brillante —sonrió ella entre lágrimas—. Déjame que me arregle. Por favor, cariño.

Se peinó, limpió el rostro, volvió a pintar, dejó el pañuelo a Riordan, y por fin, dijo:

—Mañana le hablaré claro a Sterling. No le digas tú nada hasta mañana, Mike.

—Prometido.

De regreso a la casa, pensó Riordan que Vivian sabía algo acerca de Sterling que podía ser muy comprometedor. No se justificaba sino el miedo que decía sentir. Pero ya lo aclararían otro día.

A cien pasos de la casa, bajó Riordan del coche, tras un beso de despedida, con mutuo deseo de que fueran unas buenas noches. Se dirigía Riordan a la galería frontal, cuando se abrió la puerta, y apareció Sterling Landis. Sonreía amistoso:

—Creí que se había extraviado en la tormenta, Mike. Hemos planeado una partida de pesca al amanecer. Cuento con usted.

—Pero ¿y el club?

—King se cuidará del club hasta que regresemos. Leo tiene un yate rápido. Volveremos antes del mediodía.

—Bueno —y pensó Riordan que así tendría una ocasión de charlar sobre Vivian—. Eso del cuadro ha sido un rudo golpe para Leo.

—Muy duro. No tolera que nadie le engañe. Voy ahora a revisar el yate. Estaremos en la playa a las cinco en punto. Buenas noches.

Le contempló Riordan encaminándose hacia el sendero que bajaba a la playa privada. Iba silbando alegremente.

En el salón, el camarero estaba vaciando ceniceros. King Block, sentado junto al fuego, apartó la vista de las llamas:

—¿Dónde ha estado?

—Paseando bajo la lluvia. ¿Dónde duermo?

—Segundo pabellón al este de la piscina.

El camarero se llevó el carrito a la cocina. Se disponía Riordan a salir, cuando le llamó King Block:

—Un momento, Mike.

Tenía el rostro pétreo. La mirada, de lagarto, era inexpresiva.

—¿Ha visto a Sterling?

—Acabo de cruzarme con él. ¿Por qué? Encogió los hombros:

—Es asunto suyo, muchacho. Sterling ha estado fuera y cuando regresó estaba rabiando. Dijo que usted había salido en coche con su novia. Y se sentó aquí, tragándose un cuartillo de escocés en diez minutos. Dijo que le iba a matar a usted.

—Está usted bromeando —insinuó Riordan.

—Yo nunca bromeo. Nunca. Buenas noches.

Mike Riordan salió completamente aturullado. Sterling le había saludado sonriente. King Block decía que había jurado matarle. Y no había motivos para que mintiera Block. Prefirió no escarbarse más los sesos. El pabellón era precioso. Hasta con hogar. Dispuso Riordan su despertador para que sonase a las cuatro y media.

Tardó en coger el sueño.

CAPÍTULO IV

Las cinco de la madrugada sorprendieron a Mike Riordan temblando en el embarcadero. Era la hora gris entre noche y amanecer. Saltó a bordo de la canoa, golpeándose los sobacos para entrar en calor.

Poco después, Sterling Landis acudía impecable en su blancura de navegante deportista. Dijo:

—Leo tiene resaca, Mike. Si no le importa, iremos nosotros dos. Saldremos sólo fuera de rada, pescamos una hermosa pieza y estamos de vuelta para el desayuno. ¿De acuerdo?

Iba manipulando el contacto, y el motor trepidó. Asentía Riordan. Así tendría ocasión de aclarar las cosas respecto a Vivian.

La canoa-yate salió de la rada, dirigiéndose al este. El agua era transparente. Dos peces voladores surcaron el aire, huyendo de un escualo.

—¿Qué hará Leo con el cuadro? —indagó Riordan para entrar en conversación.

—No podrá hacer nada. Hace seis años ya le aconsejé que no lo comprase. Pero ser dueño de un Rubens le pareció un buen negocio. Naturalmente, no podía contratar un seguro. Y ahora tiene que vender el hotel.

—¿Tiene comprador?

—El único que le pagaría un precio decente es un gánster llamado Tilden. Que es lo bastante listo para comprender que el negocio del hotel estriba en contratar muchachas bonitas y poner mesas de juego. Sólo que Leo no quiere que Pismo Beach se mancille con aventureros. Desea que se mantenga honorable —y del bolsillo sacó Landis un frasco de *whisky* escocés—. Descorche, Mike. Nos entibiará.

Bebió Riordan un trago y, recogiendo el frasco, dijo Landis:

—Instale los anzuelos. Puede que pique alguna pieza.

Fue Riordan a popa, para desdoblar los aparejos de pesca. Poco después paraba Landis el motor y acudió para tensar los bramantes.

—Pondremos cebo doble. Cómo cambia uno… Hace diez años odiaba esto. Porque entonces tenía que vender cebos a ricachones pescadores. Ahora soy un caballero pescador y me gusta. Gracias a Leo.

—Él le trata como a un hijo.

—Leo se parece bastante a mí padre. Duro, arrogante y terco. Mi viejo y mis hermanos trabajaban en las minas. Cada sábado por la noche volvían borrachos y me atizaban las grandes palizas. El resto de la semana era pasable. Iba a la escuela. La maestra decía que yo era un prodigio de nene. Se interesó para hacerme estudiar horas extra. Me prometía que iba a graduarme en dos meses para el ingreso de leyes.

Miraba Landis los flecos espumosos del agua, ceñudo:

—Yo estaba tan orgulloso aquel día, que me olvidé que era sábado, día de paga. Le enseñé a mí viejo el informe de la maestra, asegurando que en dos meses yo pasaría el ingreso. Mi viejo rompió el informe y me dijo que a la semana siguiente empezaba yo a trabajar en las minas. Protesté y empezó a pegarme. Me empujaba a bofetones hacia la mesa de la cocina. Se reía de mí, diciéndome que yo me deslomaría en las minas, y se habían acabado los estudios de gandul. Sobre la mesa había un cuchillo de cortar pan. Lo cogí y lo clavé… Mi viejo me miró con mucha sorpresa. No había nadie más en casa. Cayó al suelo, sin sentido. Tenía sesenta dólares en sus bolsillos. Salí huyendo. Tardé un año en llegar a California. Limpiando zapatos, mendigando, vendiendo cebos… Y entonces conocí a Leo. Me bastó tratarle un par de veces para saber que por dentro era blando. Blando, porque siempre había deseado tener un hijo.

Mike Riordan sintió que su garganta estaba muy reseca. Los azules ojos de Landis eran angelicales, y sus labios lucían una sonrisa suave:

—Tengo el don de leer en las personas, Mike. Es como nacer tuerto o con memoria. Cinco minutos después de conocer a Leo adiviné que me pagaría los estudios. Cinco minutos después de

verle a usted, adiviné que trataría de reconquistar a Vivian. Y que terminaría usted en la cámara de gas de San Quintín. Por mi asesinato.

Su puño se abatió tras la oreja de Riordan, que cayó de rodillas. Sterling Landis, colgantes los brazos, sonreía burlón, pero ardían sus ojos:

—En pie, don Juan. Mate en dos.

Se incorporó Riordan, embistiendo furioso, deseando solo aplastar la sonrisa cínica. Era como tratar de golpear a un fantasma.

Landis se movía como un bailarín acrobático, asestando directos, doblando en cortos ganchos, convirtiendo en pulpa el rostro de Riordan. Prolongando sádicamente el castigo.

Intentó Riordan colocar un escalofriante gancho, que esquivó Landis.

Perdido el equilibrio, encajó un zurdazo que le tumbó de lado. Asiéndose a la borda, fue incorporándose.

Su diestra rodeó un garfio atunero. Acudía Landis, y asestó Riordan un garfiazo, que falló. Retrocediendo, comentó Landis:

—Pruebe de nuevo, Mike.

Estaba tan sereno como un cirujano operando en un paciente adinerado. Se encorvó, y de pronto se ladeó para alargar el brazo, arrancando el garfio de manos de Riordan.

Después conectó un directo en la nariz. Riordan, de rodillas, sacudió, la cabeza, viendo su sangre en el suelo. Rió Landis:

—Tiene que haber sangre suficiente. ¿Se da cuenta?

Logró Riordan ponerse en pie. Las manos le pesaban horrores. No podía alzarlas, pero deseaba aplicar un golpe. Sólo uno antes de perder el sentido.

Pero veía a dos Sterling Landis. Dos cínicas sonrisas. Y oyó:

—Alegue legítima defensa. Tal vez saque sólo diez años.

Y una bomba le explotó en el estómago. Quedó tumbado de lado, encogido. Algo cayó cerca de su rostro. La gorra náutica de Sterling Landis, que decía:

—No lo olvide, Mike. Alegue legítima defensa. Adiós, Mike.

Estaba en pie sobre la borda. Y describió un arco, zambulléndose. Mike Riordan perdió el sentido.

Cuando lo recobró, el sol estaba alto en el horizonte. La canoa iba a la deriva. Se agarró a la borda, colgando de ella, hasta que

cielo y mar cesaron en su balanceo, y pudo concentrar las pupilas.

El océano estaba liso como un charco de aceite, y no había rastro de Landis en parte alguna. Tambaleándose, llegó Riordan hasta el timón, poniendo el contacto.

El motor trepidó. Y una hora más tarde anclaba la canoa junto al embarcadero privado. Allí estaba Vivian Todd esperándole. Lívida, pero no demostraba sorpresa, contemplando el magullado rostro y la sangre en cubierta.

—¿Qué sucedió, Mike?

—Está loco —tartajeó Riordan—. Deberían encerrarle en un manicomio… Tiene un modo de vengarse muy indecoroso… ¿Dónde está ahora?

—Escucha, Mike —y la voz femenina era apremiante—. Vete por el sendero lateral hacia la carretera. Y allí te esperaré…

—Viene King —atajó Riordan.

Ella se puso rígida. Sin una sola palabra, se volvió, remontando el sendero lateral. King Block iba bajando los peldaños que comunicaban con la playa y el embarcadero.

Inexpresivo el rostro, preguntó:

—¿Dónde está Sterling?

—Eso es lo que quiero yo saber. Me dio un palizón y saltó al agua, nadando hacia tierra. ¿Le ha visto?

Contempló Block la sangre en cubierta y después el rostro de Riordan:

—No, no le he visto. ¿Le metió usted en el tanque de gasolina?

—Le repito que me dio un palizón y se zambulló.

—Bueno, venga conmigo. Se lo explicará a Leo.

Subiendo las escaleras hacia la casa, tropezó por dos veces Riordan.

Leo Ketchum estaba sentado cerca del hogar, hablando con dos desconocidos. Uno, pálido, con blanco cabello cremoso y bigote. El otro era pequeño, calvo y nervioso.

—¿Están seguros? —preguntaba Ketchum—. ¿No hay error? El calvo nervioso tenía acento británico.

—No hay error. Es una mala imitación que no tiene ni veinte años —y poniéndose en pie, añadió:

—Francamente, Ketchum, si el Rubens hubiese sido legítimo no me habría quedado más remedio que informar a las autoridades

competentes. ¿Lo comprende, no?

—Lo comprendo. Gracias, Austin. Le enviaré su cheque. Adiós.

El llamado Austin salió apresuradamente. Ketchum contempló el hogar sin fuego, y dijo:

—Lárguese, Tilden. No llegaremos a ningún acuerdo. Antes derrumbo yo el «Gaylor» que dejar que le hinque usted la garra.

—No se puede permitir este lujo —replicó el de los cabellos blancos con voz musical—: El hotel le arruina, Leo. Siga con él y se queda sin blanca. Si quiere ser un barón campero tiene que pagarlo caro. Y yo puedo darle el dinero.

—Supongo que es sólo por coincidencia que vino a visitarme precisamente esta mañana.

—Tengo corazonadas —replicó Tilden—. Es un buen asunto, Leo. Yo mantendré el «Gaylor» muy honorable. Piénselo. Recuerde que le cuesta a diario un papiro de mil. Piense que perderá hasta su pequeño club. No olvide que soy yo el que pagará mejor.

Se levantó Tilden, yendo hacia la salida. Sus pálidas facciones eran finas. Sus ojos claros carecían de expresión. Pasando, dijo:

—Hola, King.

Ketchum no miró siquiera hacia el que se iba. Estaba contemplando a Riordan, y su rostro expresaba un recelo animal.

—¿Dónde está Sterling?

Repitió Riordan su explicación. Ketchum no pareció asimilarla y miró a Block, el cual expuso:

—Sangre por todo el bote. Ni una escama de pez. Alguien empleó un garfio. Anoche, Sterling se cargó. Parece ser que Vivian y Mike estaban paseando al claro de luna. Y Sterling habló de que habría vapuleo.

Leo Ketchum se sentó más erguido. Habló lentamente:

—A primera hora puse una llamada intercontinental al tipo llamado Holmes, experto en arte, que hace seis años me juró que el Rubens era legítimo. Holmes estaba muerto desde hace cinco meses. Cáncer. Pero su socio me juró que Holmes era la honestidad personificada. Que era una eminencia en obras maestras. Que si dijo que era un Rubens, es que era un Rubens. Y el calvo que acaba de salir es un experto muy famoso. Y afirma que la pintura es una pura porquería.

Leo Ketchum se puso en pie:

—Usted, Riordan, ha surgido de la nada. Recomendado por Sterling. Y casualmente, la misma noche en que aparece, descubro que mi Rubens es una falsificación. Recuerdo que cuando oímos el grito de Marina, todos nos pusimos nerviosos. Y usted fue el último en salir de mi refugio.

Maquinalmente, asintió Riordan.

—¿Sabe lo que pienso, Riordan? Que me hizo usted un puerco juego de manos anoche. Sterling debió sospecharlo, y pelearon esta mañana en el bote. Creo que usted le mató. Y creo también que sabe usted dónde está ahora el legítimo Rubens. Vuelva a contarme la historia, amiguito. Pero otra distinta, ¿estamos?

—¡Maldita sea! Ya lo oyó. Sterling planeó…

King Block aplicó una llave de judo sobre el espinazo de Riordan, que cayó de bruces.

Intentó en vano levantarse. King Block le asestó un puntapié en los riñones.

Ketchum miró hacia el suelo. Su moreno rostro expresaba paciencia:

—Tengo que decirle que King es muy bestia. Y nos sobra tiempo.

King Block se inclinó y Mike Riordan viajó de nuevo al país de la inconsciencia.

CAPÍTULO V

El agua caía en cascada repentina. Riordan trató de levantarse. Leo Ketchum, dejando el jarro sobre la mesa, decía:

—Calma, calma. Quiero que me lo cuente otra vez.

—El campeón se está buscando la corona —opinó King—. Por tres veces ha repetido el mismo cuento. Se lo sabe de memoria.

—Vamos por la cuarta. Empiece de nuevo, Mike. Desde el momento en que Sterling le ofreció el empleo.

Al principio, Riordan había imprecado, tratando de pelear. Pero King Block le había convencido de la futilidad de sus intentos. Poseía unas manos muy diestras y un conocimiento preciso de los centros nerviosos.

Uno de los enfurecidos puñetazos de Riordan le había hecho sangrar las narices, pero King no manifestaba cólera. Era un hombre trabajando. Un artesano.

Repitió Riordan por cuarta vez su relato, omitiendo las inferencias a Vivian, pero tuvo un titubeo al pretender justificar el paseo nocturno con ella, y King le dio un doble toque de yudo.

Al volver en sí, oyó Riordan murmullo de vocee. Una era áspera, rebatiendo la protesta de Ketchum, que argüía:

—Se lo podrá llevar más tarde, Wilcox. Unos minutos más y confesará…

—Me lo llevo ahora —afirmaba Wilcox.

—No se lo lleva. Resulta que el *sheriff* del condado es mi amigo. Llámele por teléfono y él le dirá…

—El *sheriff* está de vacaciones. Lo siento, señor Ketchum.

Mike Riordan consiguió arrodillarse. Unas manazas le ayudaron a ponerse en pie. Contempló un rostro joven, de labios delgados y anchos pómulos. Cabello rubio, muy corto. Era un hombrón que a

primera vista parecía soñoliento, hasta que de pronto se fijaba uno en los grises ojos.

—¿Puede andar solo? —preguntaba Wilcox, con voz sin matices. Asintió Riordan y las manazas le soltaron. Dijo Wilcox:

—Venga conmigo. Iremos a ver el bote.

Por las escaleras, Wilcox cogió a Riordan por un codo. Ketchum precedió a Wilcox. El policía hacía muchas preguntas. Recogió con un pañuelo el garfio.

Mike Riordan, sentado al borde del embarcadero, trataba de conservarse despierto. Se aproximó King con aires de conspirador:

—Es la última oportunidad, Mike. Podríamos declarar que lo de Sterling fue un accidente. Yo aseguraría que lo vi todo desde tierra y que fue legítima defensa. Lo único que quiere Leo es el cuadrito de marras. ¿Dónde lo embutió, Mike?

No pudo contestar Riordan porque el policía acudía diciendo:

—Vámonos, Riordan —y le ayudó a ponerse en pie, a la vez que le colocaba las esposas. Fruncidas las espesas cejas, inquirió Leo:

—¿Quién le avisó, Wilcox?

—La señorita Vivian Todd.

—Cuando el *sheriff* vuelva, dígale que me llame.

—Sí, señor —y cogiendo por un codo a Riordan, el policía fue subiendo las escaleras. Llegaron al coche patrulla, y abriendo la portezuela, inquirió Wilcox:

—¿Le interrogaron aplicando el tercer grado?

—¿Usted qué opina? —mascculló Riordan.

No sentía dolor, porque se hallaba en un estado de entumecimiento. Veinte minutos después, llegaban a las oficinas del condado. Subieron escaleras, pasaron una, gran antesala, y por fin entraron en un despacho en cuya puerta encristalada decía: *Sheriff*.

Quitó Wilcox las esposas y, sentándose tras la mesa, pidió:

—Regístrese y vuélquese los bolsillos, por favor.

Obedeció Riordan. Mientras Wilcox estudiaba la licencia de conductor, entró un policía pelirrojo llevando un magnetófono.

—Ketchum me lo contó casi todo —expuso Wilcox—. Ahora lo que quiero es su versión.

Puso en marcha el magneto y le habló:

—Interrogatorio de Michael Riordan, doce cuarenta, del doce abril. Efectuado por Holt Wilcox. Testigo Lars Bingam.

Cerca de una hora, con constantes interrupciones por preguntas de Wilcox. Preguntas breves. Después, cerró Wilcox el registro y dijo:

—Puntualicemos. No me interesa el cuadro de Ketchum ni lo que pudo sucederle. Sólo me importa lo que le ocurrió a Sterling Landis. ¿Estaban a un cuarto de milla de tierra, no?

—Más bien a una milla larga.

Entrelazó Wilcox los dedos, contemplándolos como si viera algo raro:

—Su historia es demasiado complicada, Riordan. Hágala más sencilla. Riña entre enamorado y celoso. Landis le invita al bote. Empieza a pegar y usted se defiende. Un abogado le saca una condena de cinco a diez años. Y con buena conducta, a los tres sale usted libre.

—Escuche… Sterling lo planeó todo. Debió hacer algún trato con Donati, que fue el último en salir del refugio cuando Marina chilló. Donati hizo un juego de manos…

—Sí, hombre —asintió Wilcox afablemente—. Y en la terraza, Marina gritó para atraer a todo el mundo, para dar tiempo a que Donati birlase el cuadro, haciendo cambiazo. Y como fue King el que provocó indirectamente el chillido de Marina, también está en el bollo. Sin olvidar al compadre que recibió el flechazo. Por lo tanto, Landis, Marina, King y Rudy Wilson se confabularon para complicarle a usted en un asesinato.

El pelirrojo emitió un chasquido burlón. Wilcox encendió un cigarrillo, contemplando a Riordan por entre la bocanada de humo:

—¿Sigue empeñado en no variar su historia? Supongamos que sólo encontremos sus huellas en el garfio.

—Encontrará también las de Sterling. ¡Ya le he contado…! Lo planeó de modo que Leo piense que está muerto, y no trate de buscarlo…

—Bien, ahora véalo usted a nuestro modo, Riordan.

Usted le hace la rosca a la prometida de Sterling y éste le larga un gancho. Pero más tarde, fuman la pipa en paz, y le da un empleo. Tenemos la declaración de King según la cual Sterling juró matarle a usted por pasear al claro de luna con su novia. A la mañana siguiente, los dos salen en bote, y usted regresa solo, con un cuento que ningún jurado se tragará. Y su historia del cuadro y

el juego de manos no vale tampoco. ¿Sabe por qué?

Denegó Riordan y le aclaró el policía:

—Porque un Rubens con trescientos años de vejez es una cosa muy delicada. No puede enrollarse ni guardarse en la manga, porque se rompería. Bueno, de momento le encierro bajo sospechas pendientes del hallazgo del cuerpo. Si aparece el cadáver de Landis, queda acusado de homicidio. Si no… ya resolverá el *sheriff*, que vuelve el lunes.

—Juega usted sobre seguro, sin comprometerse. ¿Sabe una cosa, Wilcox? Pese a todo, le consta que estoy diciendo la verdad, y sólo la cochina verdad.

—Llévale a la enfermería, Lars. Dale después una celda privada.

En la enfermería, un silencioso practicante fue atendiendo heridas y magullamientos. Después, Lars Bingam condujo a Riordan a una celda. Fresca y de catre mullido. Boca arriba, el joven trató de meditar razonablemente. Vivian le había estado esperando en el embarcadero. Viéndole tan ensangrentado como el bote, no había manifestado sorpresa. Corrió a telefonear al despacho del *sheriff*.

Vivian pintaba bien. Ella podía haber falsificado el Rubens. Después, Sterling y Donati liquidarían el legítimo. Vivian, «en busca de aislamiento y soledad», emprendería un largo viaje.

La estaba viendo reuniéndose con Sterling en Copacabana, por ejemplo. Después yendo a Lisboa, Costa Azul, París…

Le dolía a Riordan el puño derecho. Comprendió que había estado golpeando el borde de hierro del catre.

Evocaba la sonrisa de Sterling mientras jugaban al ajedrez. Sonrisa de ser superior, que ha plasmado un jaque mate a larga distancia. Un ser resentido, soportando la tiranía de Leo, codiciando el tesoro que colgaba en una pared del refugio.

Y ya en poder del Rubens, tenía que desaparecer en forma permanente, para evitar la implacable persecución de Leo. Apenas Sterling había conocido a Riordan, lo había catalogado en la variedad común de insectos. Sabiendo que aceptaría el empleo, sabiendo que intentaría reconquistar a Vivian, y sabiendo que tras la pelea del bote, todo el mundo, incluyendo principalmente a Leo, daría por seguro que el asesino era Mike Riordan.

Se durmió físicamente agotado. Al cuarto día de estancia en la celda, con la sola visita del practicante, renovando curas, se

presentó Holt Wilcox:

—Por ahora tiene suerte, Riordan. Hemos registrado la rada y las playas contiguas. Por ahora no hemos topado con el cadáver.

—¿Qué cadáver? Sterling ahora estará bailando por el Brasil.

—Voy a darle una oportunidad, Riordan. Vamos a mí despacho y retiramos el cilindro de su primera declaración. Diga que Landis le atacó y usted tuvo que defenderse. Encontramos las huellas de ambos en el garfio. Ustedes pelearon y…

—¡Que no! Le consta que he dicho la verdad. Es más, estoy dispuesto a que me aplique el detector de mentiras.

—Como evidencia legal, no lo admiten.

—Entonces, tráigame un abogado.

—Esto se lo podrá pedir al *sheriff* Cosgrove, el lunes. Usted está aquí simplemente retenido por sospechas. Hasta el lunes, Riordan.

Pero al día siguiente, viernes, el pelirrojo Bingam abrió la celda y dijo:

—Al despacho, Riordan. Un abogado está esperando.

En el despacho, Holt Wilcox ostentaba aspecto contrariado. El abogado de frágil contextura tenía expresión de avispa y una blanca melena. Miró sin interés a Riordan y le indicó a Wilcox:

—Téngalo entre rejas con una acusación concreta, o suéltelo.

—¿Es que no puede esperar hasta el lunes? —pidió Wilcox.

—¿Quiere que telefonee al juez?

Suspiró Wilcox, tendiendo el sobre con objetos personales:

—Un aviso, Riordan. Intente abandonar la ciudad, y le encierro.

—Vámonos, Riordan.

Mike Riordan se apresuró a seguirle hasta el aparcamiento donde el abogado abrió la portezuela de un coche, instalándose tras el volante:

—Me llamo Noel Leslie. No pierda el tiempo preguntándome quién paga mi minuta, porque no se lo diré. Tome.

Contó cinco billetes de cien, dejándolos en el regazo de Riordan.

—¿Y esto qué es?

—Quinientos dólares. Para un pasaje de avión. Personalmente, le recomendaría Honolulú. Muy agradable en esta época del año.

—Ya veo… Se supone que yo saldré huyendo.

—Rápido y lejos. ¿Dónde puedo dejarle?

—Junto a mí cacharro, que debe seguir en el club «Pismo

Beach».

Asintió el abogado Leslie, conduciendo al máximo permitido, y en silencio. Hasta describir una curva y detenerlo dando de parachoques posterior con el viejo «Ford».

—Un momento —manifestó Riordan—. ¿Cree que estoy loco? Si me largo, me declararé automáticamente culpable.

—Igualmente si se queda. Francamente, ningún jurado en el mundo se creería su historia. Pero Wilcox la creyó. Por eso pude sacarle con un «habeas». Si le hubiese hecho el expediente para encuesta, me habría sido imposible. Tiene usted dos días antes que regrese el *sheriff*. Que le echará la zarpa, porque es amigo de Leo Ketchum.

—Por casualidad, ¿el que le paga los gastos de mi libertad no será Sterling Landis? Suspiró el abogado:

—Si lo que desea es que le devuelva a Wilcox, no se apee y le llevo.

Mike Riordan se apeó, dando un portazo. El abogado Leslie embragó sin molestarse.

Instalándose tras el volante de su «Ford», Riordan lo puso en marcha.

No sentía la menor alegría por verse libre. Todo lo contrario. Parecía que estaba mucho más segura su vida entre las rejas de la celda.

CAPÍTULO VI

Durante unas cinco millas condujo furiosamente, hasta que fue calmándose. Alguien le quería en libertad. ¿Leo? ¿Sterling?

Virando, reemprendió el camino hacia Pismo Beach. Tenía que hablar con Vivian, a solas. Deseaba escrutar el lindo semblante, mientras ella contestase algunas preguntas.

Por la carretera privada, llegó al aparcamiento. A pie, rodeó la casa, y se detuvo. Allí en el patio, sentadas, estaban Marina y Vivian. La primera que le vio fue la novia del gánster. Y dijo secamente:

—Tiene usted un valor temerario o está loco al venir aquí. ¿Cómo es que le dejaron suelto?

—¿Vienes, Vivian? —preguntó Riordan. Sin moverse, contestó ella:

—¿A dónde? —Y su tono rezumaba odio. Sus ojos, desprecio.

—Vivian, por lo que más quieras… Tengo que hablar contigo…

—Y yo no quiero. Vete, por favor, antes que llame a Leo. Levantándose, insinuó Marina:

—Voy a llamarle.

—Vete, Mike, por favor.

Tuvo Riordan la sensación de que Vivian Todd nunca había sido su novia. Veía a una extraña, displicente. Dando media vuelta, se alejó como un autómata.

Cuando pisaba el acelerador, vio que de la casa salían Marina y Leo.

Condujo por reflejos maquinales. ¿Cómo podía una mujer jurar amor con tanta sinceridad, y días después ser tan hostilmente extraña?

En su departamento, se aseó, revistiendo un traje limpio. En la

maraña había un hilo flojo: Curt Donati. Telefoneó a la Academia Central de Arte. Le informaron que Curt Donati era un experto, íntegro y famoso.

Estaba relacionado con un marchante de Los Ángeles, cuya dirección consiguió fácilmente.

En el cuarto piso de un venerable edificio de Los Ángeles, empujó Riordan la puerta que anunciaba sencillamente: «W. Turner».

Era como entrar en un museo. Alfombras de Persia, luces indirectas, paneles de caoba y, tras un lujoso mostrador, una rubia distinguidísima. Por las paredes, Goyas, Van Gogh, Gauguin… La última hora la había pasado Riordan estudiando varias páginas de «Obras Maestras», catálogo editado por «W. Turner».

La rubia inquiría:

—Buenas tardes. ¿Puedo serle útil en algo, señor?

—¿Está Donati? Me llamó hace unas noches a propósito de un Holbein.

—Un Holbein —susurró ella respetuosamente, abandonando el mostrador.

Una rubia de unos cuarenta años, pensó Riordan, pero cuyo cuerpo era el ensueño de un escultor. Señaló ella un pequeño marco en la pared oeste:

—«La hija del joyero». Naturalmente, no se puede conseguir toda la vitalidad del original en una reproducción, por perfecta que sea.

—Ya… ¿Todo son reproducciones de cuadros en venta?

—Sí, señor. Este Holbein lo posee un cliente británico. El señor Turner lo registró el mes pasado.

—Me interesaba hablar personalmente con Donati.

—Habitualmente se aloja en el «Resident», pero no le he visto en toda la semana. Vino de Caracas hará unas tres semanas, y hasta el viernes pasado permaneció en su despacho, trabajando en reproducciones.

Mike Riordan repitió mentalmente: «Vino de Caracas hace tres semanas». Sin embargo, Sterling le había dicho a Leo que aquella misma noche Donati había tomado el avión desde Caracas.

—¿Puedo serle útil?

El recién llegado había acudido silenciosamente. Sus grises ojos

eran sesgados, y su sonrisa resultaba untuosa. Vestía sobriamente de azul.

—Señor Turner —decía la rubia—. El caballero está interesado en un Holbein que el señor Donati…

—Sígame, por favor —invitó Turner.

Le siguió Riordan hacia un despacho. Al fondo, una puerta llevaba inscrito: «C. Donati».

Siguiendo la mirada de Riordan, aclaró Turner:

—Curt es mi socio, y pasa mucho tiempo por el extranjero, tratando de convencer a familias de antigua genealogía para que vendan sus obras maestras.

Naturalmente, algunas de estas familias tienen más blasones que talegas. El Holbein por el que se interesa usted lo posee un conde británico, que no lo cederá por menos de sesenta mil.

Fingió Riordan escandalizarse:

—Un precio excesivo. Pudo Donati advertirme…

—Posiblemente Donati deseaba interesarle en otra venta. ¿Cuándo le vio por última vez?

—Hacia septiembre —lanzó Riordan al azar.

La sonrisa de Turner se congeló. Por lo visto en septiembre Curt Donati debía hallarse muy lejos de California. Y la mirada de Turner viajaba ahora por el traje de Riordan, sus zapatos, su camisa… De congelada, la sonrisa se convirtió en apenada. Y dijo:

—Donati me llamó anoche desde San Francisco, donde se ocupa de una exposición.

Estará de regreso el martes. Y ahora, si me permite…

Levantándose, Riordan decidió atacar:

—Tengo entendido que Donati es un experto en reproducciones.

—Es un hombre de talento.

En el umbral, hizo una pausa Riordan:

—Acabo de pensar que podría usted interesarme en otro cuadro. Bastante más elevado en tarifa que la de sesenta mil.

—¿De veras?

—Un pequeño lienzo, casi una miniatura. Un autorretrato de Rubens.

W. Turner se relamió, parpadeando nervioso.

—No existe tal autorretrato. No recuerdo…

—Antes de la guerra estaba por algún museo de Holanda.

Después lo tuvo un cliente californiano. Buenas tardes.

La mirada de W. Turner expresaba frío rencor.

Diez minutos después entraba Riordan en el vestíbulo del «Resident». El encargado le informó que Curt Donati había liquidado su cuenta el último lunes por la tarde. Dejando por dirección una de Caracas.

Pasó Riordan a una cabina telefónica del mismo vestíbulo. Pidió línea con Registro de Hoteles de San Francisco. El encargado de servicio comunicó que ningún hotel tenía inscrito a Curt Donati.

Abandonando la cabina, se dirigía Riordan a la salida, cuando vio a la mujer esperándole, que se apartó de una palmera en maceta, para interceptarle el paso.

Una mujer morena, delgada de extremidades, pero ampulosa de busto y caderas.

Anunció con voz grave de contralto:

—Me llamo Clara Donati. ¿Busca usted a mí hermano?

Tenía delicadas facciones y grandes ojos de gacela. Sonrió Riordan:

—Así es, señora Donati. ¿Dónde puedo hallarle?

Se instaló ella en el diván de herradura protegido por palmeras, y gravemente corrigió:

—Soy soltera. Le pedí al encargado que me transmitiese cualquier mensaje o recado…

¿Es usted de la policía?

—No —y comprobó Riordan que la declaración aliviaba a la hermosa Sudamericana—. Pero tengo que hablar con su hermano. ¿Salió el lunes en avión a Caracas?

—Tengo el presentimiento de que está aquí, en Los Ángeles. ¿Dónde le vio usted últimamente?

—Lamento ser brusco, pero me temo que su hermano esté en un aprieto.

—¿Qué ha hecho Curt?

Relató Riordan brevemente lo referente al Rubens propiedad de Leo. Ella escuchaba impasible. Dijo por fin:

—Mi hermano se asoció con Turner hace unos cuatro años. Y mejoró mucho su cuenta corriente, pero hace dos meses, de vuelta de un viaje, Curt regresó muy preocupado. Me di cuenta que había algo que le inquietaba, pero que no quería confiarme. Después llegó

una carta de Turner, y Curt se puso muy contento, locamente contento. Me invitó a conocer playas californianas y me dejó en un hotel da Monterrey, diciendo que durante unos días tendría que viajar por esta costa. Y la semana pasada, Curt me telefoneó, comunicándome que estaría retenido unos días más.

—¿Cuándo le telefoneó?

—El domingo. Por su voz adiviné, que estaba asustado. Pero le esperé, rogando que no estuviera complicado en ningún negocio poco honorable. Y ayer llamé a este hotel. Me dijeron que Curt se había marchado hacía ya tres días. Entonces vine aquí. Créame… Curt no es malo, sino solamente débil de carácter. ¿Qué ha hecho?

—¿Le preguntó a Turner por el paradero de Curt?

—Me dijo que estaba en San Francisco. Yo permaneceré en este hotel, señor —y poniéndose en pie, añadió ella—: Cuando encuentre a Curt, ¿tendrá la bondad de llamarme?

—Sin falta.

Conduciendo, de regreso a Santa Bárbara, los quinientos dólares que le había dado el abogado Leslie, le quemaban en la cartera. Dinero para un pasaje de avión.

Pero no había aviones suficientes para escapar de Leo. Un exgánster actualmente respetable y con influyentes relaciones. Un hombre que nunca admitiría que Sterling seguía vivo y que había planeado con un experto en arte falsificar el Rubens y vender el original.

Eran más de las cuatro cuando en su departamento Riordan tomaba café pensando en el escurridizo Donati. La puerta se abrió. Y Holt Wilcox, cerrando la puerta, avanzó como un gigante pisando sobre fieltro.

—Oiga, los manuales de educación dicen que se llama antes de entrar.

—No quise exponerme a que usted no abriera.

Alcanzó Riordan otra taza, escanciando café. Dijo Wilcox:

—Sin azúcar —y con la taza fue a sentarse en el catre, miró el café y suspiró—: Cuando venía hacia aquí, tenía ganas de romperle el cuello, porque a ningún polizonte le agrada que le tomen por tonto. Después pensé que no se le podía reprochar, ya que usted suponía que no encontrarían el cadáver.

Mike Riordan sintió sequedad en su garganta. Proseguía Wilcox:

—Es gracioso. Yo le creía a usted, porque en su historia había una especie de sinceridad que me convencía.

Se bebió el café. La taza desaparecía al interior de su enorme puño.

—Bueno, vamos ya, Riordan.

—¿Dónde?

—Marina Lowell, la novia de Leo, halló el cadáver hace tres horas. En la cala. Los cangrejos tuvieron cinco días de festín, pero es Sterling Landis sin la menor duda. Identificado por Marina Lowell y Vivian Todd. El forense señala la muerte a cualquier hora del lunes por la mañana. Es decir, cuando usted paseó en bote con Landis.

—Escuche, Wilcox, yo…

—Vamos ya, Riordan —y en pie, dejó colgar las manazas—. Técnicamente, no estoy en mi terreno, ya que no llevo orden de registro. Llamemos mi visita, de ciudadano. Y ofrézcame resistencia —sonrió con diamantina dureza—. Sólo un poquito de resistencia. Había decisiones súbitas, inspiradas por el pánico. Una voz atronó en la mente de Riordan: «Vete con él y aterrizas en la cámara de gas».

Veía a Wilcox ante él, un gigantón, instrumento de la ley, preludio al verdugo. Riordan, que se había escanciado otra taza de café ardiendo, la arrojó al rostro de Wilcox.

El policía gruñó, llevándose las manos a los ojos. Después asestó un patadón furioso, y la silla en que un segundo antes se sentaba Riordan salió proyectada al techo.

Avanzó Wilcox manoteando. Riordan cogió la cafetera y la estrelló en la cabeza de Wilcox, que asestó un derechazo.

Le pareció a Riordan que en su hombro izquierdo acababa de chocar un autocar. Todo el brazo izquierdo se le durmió. Volvió a alzar la cafetera, alcanzando ahora la sien a Wilcox, que cayó de rodillas.

Levantó Riordan la rodilla conectándola en la frente de Wilcox, que dejó de manotear.

Saltó por encima del corpachón tendido, yendo a abrir la puerta.

Jadeaba, y recobró la respiración normal, cuando ya conducía por la carretera costera.

Estaba asustado, y nunca en su vida se había sentido tan solo.

Antes de media hora los patrulleros irían bloqueando los cruces. Decenas de teletipos propagarían descripciones, y la red iría cerrándose. Ya tenían lo que precisaban: móvil, testigos y huellas en el garfio. Y el cadáver.

Aquel cadáver tenía que ser obra de Curt Donati. Conduciendo, lo veía todo claro. Sterling nadó hacia tierra, donde le esperaba Curt Donati, con un coche rápido y ropa seca.

Pero Donati le aguardaba para matarle, ocultar el cuerpo en cualquier charco de la cala y salir huyendo con un cuadro que valía trescientos mil dólares. Trescientos mil dólares que no tenía que repartir con Sterling…

Sterling Landis había encontrado un jugador más astuto…

Mike Riordan vio el fluorescente anunciando: «Graff Bar». Frenó en seco. Era allí donde, al iniciarse su noviazgo, se entrevistaba frecuentemente con Vivian. En aquella calle de tiendas de arte y residencias playeras.

Aparcó el coche y, entrando en el bar, fue al teléfono. Buscó en el listín el número de Ketchum. Marcando, sus dedos rezumaban sudor. Todo dependería de la voz que replicase a la llamada.

—… Residencia del señor Ketchum —informaba Jimmy, el criado filipino.

—… ¿Está la señorita Todd?

Una pausa. Jimmy le había reconocido también.

—… No está. Lo siento.

—… Jimmy, soy Mike. Tengo que hablar con Vivian.

—… Lo siento, no está en casa… ahora.

Debía tener alguien cercano, o podía escuchar alguien por un supletorio.

—… Dígale a Vivian que estoy en Santa Bárbara. Donde tomábamos jugos de vitaminas. Ella sabe dónde es. Y si no ha venido a las seis, iré yo a verla. Dígaselo así, Jimmy. Por favor.

—… Buenas tardes —contestaba Jimmy.

Mike Riordan pasó al cuarto de aseo. Se lavó la cara y peinó. En el bar pidió un triple-jugo. Un chorrito de ginebra, naranja y zanahoria. Eran las cinco y diez.

Al segundo «triple» eran las cinco y media. El tercer «triple» marcaba las seis y cinco. Y también la entrada de Vivian Todd, sola, que vino a sentarse en el sofá esquinado, en penumbra, sin hablar.

Sólo cuando hubo bebido su «triple», preguntó:

—¿Tienes hambre, Mike?

—Pues sí. No había pensado en ello hasta que me lo has dicho.

Llamó ella a la camarera, encargando filete, patatas fritas y café. Se fue.

—Has madurado. El Mike que yo conocí hace ya un año, me habría odiado por el modo como hablé esta mañana. Habría estado una semana sin volver a verme. Ahora, has tardado sólo cinco horas.

—Puede que fuese porque pensé que estando presente Marina…

—Celebro que lo hayas comprendido, Mike. Ella me ha estado estudiando toda la semana, para asegurarse que yo estaba profundamente apenada por la muerte de Sterling. Y ante ella, yo tenía que demostrarte odio y desprecio. O de lo contrario, te habrías quedado allí hasta que Leo se hubiese presentado.

—Entonces, ¿fuiste tú la que contrató al abogado Leslie? Pero aquella mañana, cuando regresé con el bote, ¿por qué llamaste al despacho del *sheriff*?

—Porque no podía consentir que King te siguiera interrogando.

—Comprendido, todo comprendido —y Riordan estaba sinceramente avergonzado. Vivian, bajo la mesa, enlazó su diestra. El tocadiscos emitía la melosidad de «Hojas Muertas». Por un instante, regresó Riordan a meses antes.

Rompió el hechizo la camarera trayendo los filetes.

Devorando con apetito, contó Riordan su visita al marchante Turner, y cómo Curt Donati había liquidado su cuenta en el «Resident» tres horas después de matar a Sterling.

—Hay un factor nuevo, Mike. Estoy segura que Marina estaba complicada en todo esto. Va a dejar a Leo. Éste no lo sabe. Esta tarde fui al cuarto de Marina a devolverle un jersey que me había prestado. Ella no estaba, y, colgando el jersey en su armario, vi sus maletas rellenas. Y después oí a Marina diciendo que tenía algo de jaqueca y que no podría acompañar a Leo al «Gaylor» esta noche.

La camarera trajo el café. Encendiendo un cigarrillo, preguntó Riordan:

—¿Dónde crees que va a ir Marina?

—Lo más posible es que a reunirse con Donati. Espera un minuto, Mike.

Pasó ella a la cabina telefónica. Mike Riordan dejó en la mesa un billete de cinco. No podía consentir que Vivian se comprometiese, intentando ayudarle. Si la policía los atrapaba juntos, ella podía ser acusada de complicidad. Y era una cobardía permitir que la muchacha saliera perjudicada.

Estaba ya en la puerta, cuando Vivian le cogió por el brazo, llameantes los ojos.

—No seas estúpido, Mike. No podrías ni recorrer doscientos metros con tu cacharro, sin que bloqueasen los patrulleros.

Saliendo, gruñó Riordan:

—La primera estupidez fue llamarte. ¿A quién has telefoneado?

—A un amigo. Primero de todo tenemos que demostrar tu inocencia a Leo. Es el único con el suficiente poder para ayudarte.

Emitió Riordan un chasquido incrédulo. Abrió ella la portezuela de su espléndido «Jaguar» granate, deslizándose tras el volante:

—Nada de actitudes a lo *Sir* Galahad, Mike. Vienes conmigo.

Se sentó Riordan. Condujo ella hacia la salida sur de la ciudad, y después hacia Pismo Beach.

Intentó Riordan ser cáustico:

—Primero vamos a Leo a explicarle la historieta.

Entonces me pide perdón y King Block me besa en la mejilla…

—¿Es que no comprendes? Si yo puedo convencer a Leo que Donati se llevó el cuadro, nos ayudará. Es un hombre duro, pero leal a su modo, y me respeta. Creo que hallaremos pruebas en el despacho de Donati.

Reclinada la nuca en el respaldo, Riordan prefirió contemplar el hermoso reflejo de la luna en el quieto mar. Pero de pronto se tensó.

Dos coches-patrullas estaban acechando, uno a cada lado de la intersección. Vivian aminoró a cincuenta. Después la aguja volvió a marcar ochenta.

—Están esperando a un «Ford» azul, no un «Jaguar» granate, Mike.

Riordan volvió a pensar en Sterling. Apuñalando a su propio padre a los catorce. Golfillo de puerto a los dieciséis. Graduado en leyes a los veintiuno. Ajedrecista de primera. Graduado con sobresaliente en robo da un Rubens a los veintiocho…

Mirando de soslayo a la que conducía con decisión, dijo

Riordan:

—Sterling era incapaz de amar a nadie, muchacha. Ni a ti.

—De eso no me di cuenta hasta hace poco. Pero no lo sabía, cuando un mes después de ser anunciados como prometidos, me pidió que pintase una copia del Rubens.

CAPÍTULO VII

Mike Riordan respingó levemente. Pero se calló.

—Me dijo Sterling que iba a ser una broma. Yo me negué, alegando que Leo no apreciaría esta clase de broma. Entonces, Sterling durante unos días estuvo correctamente distante. Lo siento, Mike… Yo me creía enamorada de él.

—Te tenía fascinada. Como un reptil atonta a una tórtola. Sigue.

—Volvió a insistir, y yo me mantuve firme en negarme. Tenía miedo… Y hace dos semanas, estando en el pabellón de Sterling, llamaron por teléfono. Un hombre con acento sudamericano que quería hablar con Sterling. Le pasé el teléfono. Cuando colgó ostentaba una calma aparente, pero yo le conocía ya lo suficiente para ver que estaba excitado. Dijo que iba a la ciudad para un asunto de negocios. Cuando regresó, le vi bajando del coche. Llevaba un paquete cuadrado y plano.

—El falso Rubens, que en la ciudad le entregó Donati.

—Dos días después, le sorprendí «flirteando» con Veronika.

Después con Marina. Decidí romper con él, pero no podía. Entonces te presentaste tú, y… me animó mucho íntimamente verte de nuevo. Aunque no te lo creas…

—Te creo.

—Al verte en Pismo Beach tuve miedo por ti. Cuando me dijiste aquella noche que el Rubens que había en poder de Leo era una falsificación, no supe aún que Sterling planeaba complicarte a ti. Esta tarde, cuando Marina y yo fuimos a identificar el cuerpo, me causó pena. Lloré… Tienes que comprenderme, Mike. Un hombre lleno de vida como era Sterling, y verlo… tan horrible.

—Comprendido, muchacha. Y quiero que sepas que no será un fantasma interponiéndose entre los dos. Para un poquito.

Detuvo ella, y la enlazó Riordan por los hombros.

—Olvidarás a Sterling. Fuiste mi primer amor, sigues siéndolo, y no hay ningún fantasma.

Intercambiaron un beso afectuoso, de mutua reconciliación. Sonrió él:

—Adelante, Vivian.

Diez minutos después apercibían el luminoso «Gaylor Hotel». Coches de lujo aparcados. Smokings y vestidos de noche.

Detuvo ella cien metros más allá. Una figura oscura esperaba entre las palmeras. De corta talla, apenas metro y medio.

—Joss —llamó ella—. Entra.

Era un negro de rostro inteligente, que llevaba gafas. Abrió Riordan la portezuela, y presentó Vivian:

—Joss Darrel, Mike Riordan.

—¿Trabaja usted en el «Gaylor»? —preguntó Riordan.

—Me despedí hace diez minutos —anunció el negro cuya voz era gravemente aterciopelada. Y mirando a Riordan, preguntó—. ¿Éste es el muchacho al que están buscando?

—Éste es —sonrió Vivian—. ¿Por qué te despediste, Joss?

—Tilden quería que yo me adornase con un gran turbante, calzones tobilleros y sandalias doradas. Me negué.

Vivian describía ya una vuelta tras el aparcamiento de coches. Dijo:

—Leo le ha vendido por fin el «Gaylor» a Jasper Tilden. Sin el Rubens no podía ya aguantar el tren de vida. Las últimas dos noches, Leo ha ido al «Gaylor», y ha regresado completamente embriagado. Cambiemos de tema… Joss, explícale a Mike lo que a ti se refiere.

Suspiró Joss Darrel, antes de exponer:

—Hace unos pocos años me hice famoso abriendo las cerraduras más complicadas para entrar en casas ajenas sin permiso. Fui a presidio. Y allí aprendí a pintar. Conocí a Vivian el año pasado en una exposición de pintura. La pobre muchacha cree que tengo talento.

—¡Es un genio! —declaró ella con entusiasmo—. Con un gran sentido del color, y una concepción audaz de la forma. Algo único, Mike.

—Soy modesto —declaró Darrel, gravemente—. Dentro de

cincuenta años me considerarán un segundo Picasso. Vivian me consiguió trabajo de camarero en el «Gaylor». A no ser por ella, seguramente yo hubiese vuelto a presidio.

Y titubeó mirando a Riordan:

—Espero que no lleve usted encima nada que se dispare, Mike.

—No, no. ¿Por qué?

—Allanar una morada está penado de dos a cinco tacos de calendario. Pero si se allana con armas en el bolsillo, ya sube en el catálogo de diez a perpetua.

—Me cae bien tu amigo, Vivian —afirmó Riordan.

—Si un hombre está en apuros, hay que ayudarle —sentenció el negro—. ¿Sigues peleando con el siena en pastel, Vivian?

Durante la media hora siguiente, oyó Riordan el diálogo de los dos artistas que vivían en un mundo alejado, discutiendo ventajas del óleo sobre la acuarela, estilos y mezclas.

Después, ya en silencio, Vivian detuvo en la alameda posterior de un edificio de seis pisos. Salió ella primero, contemplando el negro «Cadillac» aparcado a unos doce pasos. Susurró:

—Mike, es el coche de Jasper Tilden.

—¿Qué hará él por aquí?

—No tengo la menor idea. Susurró Joss Darrel:

—¿Significa eso un cambio de estrategia, Vivian?

Denegó ella, y los tres entraron en el vestíbulo, donde un soñoliento conserje alzó apenas la vista del suelo.

Dentro del ascensor, dijo Vivian:

—Mike, dale cien dólares a Joss.

—No, no —protestó Joss Darrel—. Esta excursión es gratis. Más tarde, sin embargo, puede visitar mi cueva, Mike, y comprar unas pocas obras maestras.

—De acuerdo, Joss.

Saliendo del ascensor, en el cuarto piso, Joss Darrel sacó del bolsillo un lápiz-linterna y un aro de muchas llaves extrañas. Llegando a la puerta en la que se leía «W. Turner», examinó Darrel la cerradura y sonrió.

Tendió la pequeña linterna a Riordan, y éste la sostuvo encendida, mientras el negro introducía una de sus ganzúas. Hubo un suave chasquido y la puerta se abrió.

Se oía al fondo un murmullo de voces. Darrel miró interrogante

a Vivian. Riordan, con señales, indicó al negro que fuera abajo a esperar en el coche. Asintió el aludido, desapareciendo por el pasillo.

Vivian acompañó a Riordan al interior de la sala de exposición, que era una jungla de extrañas sombras Estatuas, tapices… La sombra de un hombre se dibujó tras uno de los tapices, más allá del mostrador.

—¡Él lo sabe, se lo digo yo! —afirmaba la voz de Turner, amarga y retadora—. Me bastó ver la mueca que hizo al preguntarme esta tarde por el Rubens. Cuando la policía lo atrape, cantará.

—¿Y quién va a creerlo? —refutaba otra voz, blanda y cínica—. Prácticamente es un asesino fugitivo. Y usted, en cambio, es un tratante en arte muy respetado…

—¡Si el condenado Curt no fuera tan codicioso! —imprecaba Turner—. Él me ha metido en este lío, Tilden. Y para usted es divertido.

Vivian miró a Riordan con repentina sorpresa.

—Calma —aconsejaba Jasper Tilden, el gánster comprador del «Hotel Gaylor»—. Donati sigue por la costa. Tan pronto cobre su parte, regresará a Caracas. ¿Cuánto tiempo más cree usted que ha de esperar?

—Dos, tres días… Una venta así, pide tiempo, Tilden.

—Yo le prometí que sacaría cincuenta mil por lo menos, y siempre cumplo mi palabra, Turner —se oyó una silla moviéndose, y otra sombra se dibujó tras el tapiz—. Quedamos entonces, lunes al mediodía, ¿no?

—Escuche, es un cliente del Canadá. Tiene millones, pero puede hallar dificultad en la transferencia bancaria…

—Lunes al mediodía, Turner.

—Bien, de acuerdo. De todos modos, no veo por qué se preocupa, Tilden. Usted ya sacó lo que se proponía.

—Naturalmente —replicaba Jasper Tilden fríamente—. Pero quiero que Donati cobre su parte y se vaya ya. ¿Comprendido?

—Sí… ¿Le ha dicho usted que su hermana está en la ciudad?

—Se lo dije. Pero Donati ahora está demasiado preocupado para pensar en tranquilizar a Clara.

—Donati es un egoísta. Pero ¿por qué ha tenido que…?

—El propio Sterling se dejó vencer por la codicia. Lo mismo le

ha pasado a Donati. Eso es todo.

Se apartó el tapiz y apareció Jasper Tilden, cremoso el blanco cabello, impecable en su traje azul. Yendo hacia la puerta, repitió:

—Lunes al mediodía, Turner. Sin falta.

Abrió la puerta y salió. Acurrucados tras la estatua del discóbolo, Vivian y Riordan oyeron el sonido de un teléfono. Después, la voz de Turner, ahora melosa:

—… ¿Esther? Soy yo, Wallace, cariño. Llegará dentro de unos diez minutos… ¿Cómo? —La voz volvía a ser áspera—. Toma una aspirina, mujer. Bueno, de todos modos voy a ir.

Dentro de diez minutos, guapa.

Colgó. Y pensó Riordan en la rubia que le recibió.

Wallace Turner pasó de largo, y cerró la puerta por fuera.

Se irguió Riordan, ayudando a Vivian, que temblaba. Comentó él:

—No puedo figurarme a un financiero como Tilden metido en una estafa de cuadros.

—No está metido directamente. Lo único que él quería era adquirir el «Gaylor Hotel».

Porque tal como él lo encauzará ganará millones.

—Ya… Y Sterling regentaba el hotel exprofeso mal para que fuese una carga para Leo. Debió trabar relación con Tilden, contándole su plan de robar el Rubens con la finalidad de colocar a Leo en postura de verse obligado a venderle el hotel a Tilden.

—Pero Donati hizo la última jugada sucia, matando a Sterling…

Fueron al despacho, tras los tapices. Encendiendo la luz, aplicó Riordan el hombro en la puerta marcada «C. Donati». Al cuarto intento cedió la puerta y entraron.

Más que un despacho era un estudio. Había un caballete, paleta, marcos, reproducciones al óleo en las paredes. Las examinó Vivian.

—Es un buen pintor. Muy bueno. Mira aquel «secreter», Mike.

El «secreter» de palo rosa estaba cerrado. Con una espátula, fue forzando Riordan hasta conseguir abrirlo. Cinco minutos después encontraron lo que buscaban.

Una litografía reproduciendo el Rubens. Con un clip estaba sujeto a la litografía un artículo de una revista de arte. En otro cajón había dos bosquejos preliminares al carbón. Los comparó ella con la litografía.

—Es todo lo que necesitamos, Mike —y colocó los bosquejos en un gran sobre—. Al principio Leo no nos creerá, pero deseará interrogar a Turner. Y estoy segura de que Turner hablará, apenas King empiece a persuadirle con su peculiar estilo.

—Seguro —admitió Riordan.

Fueron apagando las luces. En el ascensor, bajando, Riordan besó apasionadamente a Vivian. Su chica era todo un talento…

Al salir al vestíbulo algo se movió. Como si el techo se desplomara sobre la cabeza de Mike Riordan.

Que quedó en el suelo, a gatas, sacudiendo la cabeza, intentando levantarse, vio que los otros eran dos.

El que estaba junto a él era rubio, enorme y bien vestido. El otro, esbelto y moreno, mantenía a Vivian contra la pared. Ella asía con ambas manos el sobre, dilatados los ojos.

—Vamos, démelo —pidió el moreno con voz paciente, tendiendo la zurda.

Intentó ella gritar, pero el esbelto moreno le dio un revés en los labios, y con la otra mano le arrebató el sobre.

Mike Riordan se proyectó embalado, pero el rubio, desde atrás, le cogió por un hombro, aplicándole a la vez un puñetazo en el costado. Acabó de derribarlo con seco manotazo en la nuca. Y advirtió:

—Nada de jugar al héroe, por favor. ¿Bert?

—Aquí estoy —notificó Bert, mirando el contenido del sobre. Sacó los dos bosquejos, hizo chasquear su encendedor y les prendió fuego.

Ella se abalanzó. Y Bert la empujó con fuerza, apartándola.

Mike Riordan trató de escaparse. Pero el rubio le dio un puntapié en el codo y cayó de lado.

Los dos bosquejos ardían alegremente, cayendo en la escupidera. El rubio contempló a Riordan con expresión de reproche apenado:

—O sea que le estamos ayudando y no lo aprecia.

—Es del tipo de los ingratos —aseguró Bert.

—Un rufián. O sea que roba la propiedad ajena, y quiere impedimos que destruyamos las pruebas contra él.

Imprecó Riordan, viendo a Vivian acurrucada a un lado del ascensor. El espacio quedaba fuera de vista del vestíbulo y la puerta de entrada. Adivinó Riordan lo sucedido. Jasper Tilden debía haber

localizado el «Jaguar» granate de Vivian.

—Ya está —anunció Bert, taconeando las cenizas—. Espero que cumpliste con tu deber de ciudadano consciente y organizado.

—Eso es —aprobó el rubio con expresión digna—. Ya he llamado a la policía. Se alejaron con larga zancada, codo a codo.

No habían transcurrido ni dos minutos. Dos minutos de burlona violencia, por dos hombres que semejaban oficinistas eficientes. Cumpliendo su tarea con precisión matemática.

Dos pistoleros que ni se habían tomado la molestia de matar a Mike Riordan porque le consideraban ya un cadáver ambulante.

Temblaba Riordan de rabia mientras le ayudaba Vivian a ponerse en pie.

—Aprisa —murmuró ella—. Por favor, démonos prisa, Mike.

Girando la esquina, vieron el «Cadillac» negro alejándose. Jasper Tilden iba sentado en el confortable asiento posterior, con aspecto de banquero aburrido.

Cuando vio el «Jaguar», Vivian emitió un gemido. Dos neumáticos pinchados. Joss Darrel, doblado sobre el volante, inerte, tenía la frente ensangrentada. Su respiración era ronca.

Y entonces se oyó el lejano ulular de una sirena.

Bert y el rubio habían calculado el tiempo con precisión. Joss Darrel gimió, removiéndose.

—¡Ayúdame, Mike! —apremió sollozando Vivian.

Entre los dos apartaron a Darrel del volante, logrando sacarle fuera.

Dobladas las rodillas, se enlazaba a los hombros de Riordan, sacudiendo la cabeza y haciendo muecas doloridas.

—Un hombre me golpeó. ¿Por qué?

—Más tarde, Joss —y apremió Riordan—: ¿Puede andar, Joss?

Joss Darrel no podía andar. Casi lo llevó Riordan en vilo hacia el taxi que venía con agonizante lentitud. La sirena iba ululando más cerca.

CAPÍTULO VIII

—¿Dónde vamos? —inquirió el chofer de taxi.

Miraba a sus tres clientes, tratando de comprobar si estaban muy alcoholizados.

—¡Oeste y Santa Mónica! —orientó Riordan, dando la primera intersección que se le ocurrió.

El taxi se puso en marcha y cuando pasaban ante el edificio de seis pisos vio Riordan el coche-patrulla parado en la entrada de la alameda. Un policía penetraba cautelosamente en el vestíbulo y el otro examinaba el «Jaguar».

Respiró Riordan. Por lo menos le quedaban unas horas de libertad. Dos horas antes había dejado un ayudante de *sheriff* inconsciente. Por la mañana habría titulares anunciando: «El asesino fugitivo ataca a la policía».

Dentro de una hora, un día, o dos días, alguien le miraría con recelo, identificándole por las fotos. Iría al teléfono más cercano. Minutos después un paisano de rostro duro se acercaría diciendo: «Vamos, Riordan».

Y Mike Riordan empezaría el camino hacia la cámara de gas. Joss Darrel se palpó la cabeza, gruñendo lastimero:

—Todo por nada. Porque sí. Dos hombres vinieron junto al coche. Me miraron, y… ¡zas!

—Tilden quiere siempre asegurarse —susurró Vivian. Déjame mirarte la herida, Joss.

El negrillo tenía un chichón, pero no había fractura ni conmoción. Le contó Riordan por qué había sido atacado, en voz baja, mirando al chofer.

Darrel rió con desgana.

—Ha sido por mi culpa, muchachos. Carezco ya de práctica en

este profesionalismo. No debí esperar allí en el coche.

La diestra de Vivian apretó la de Riordan:

—No deberíamos estar mucho tiempo en este taxi, Mike.

Comprendió lo que ella sugería. Pronto darían los patrulleros con su pista, inquiriendo en las paradas de taxis. Y además, el chofer les contemplaba repetidamente por el retrovisor.

—Necesitáis un coche —sugirió Darrel.

—Brillante idea —gruñó Riordan—. ¿Lo va usted a pintar, Joss?

—Tal vez —y el negro dio al chofer una dirección en el barrio nocturno de Santa Mónica.

—Nos queda una posibilidad, Mike.

—¿Marina? —apuntó Riordan.

Asintió ella. Marina aquella noche iba a abandonar a Leo. Posiblemente cansada de él, sobre todo, viéndole ya con menos dinero. Era casi seguro que estaba citada con alguien. ¿Donati? ¿Tilden?

Diez minutos después el taxi entraba en el barrio luminoso de la vida nocturna, Dijo Darrel:

—Pare en la próxima esquina.

Bajaron y pagó Riordan. El chofer, antes de volver a arrancar, miró fijamente al trío que se alejaba.

El sitio hacia el que señaló Darrel estaba a unos cien pasos del bulevar. Modesto para aquel barrio pretencioso. Una tapia coronada por pinos enanos y festoneada de linternas chinas. El neón azul dibujaba un jeroglífico oriental.

—Un amigo trabaja aquí —expuso Darrel, empujando las puertas de laca roja. El cenador era de un orientalismo exacerbado. Las mesas eran de ebonita, escarlatas y oro. Había un bar en ónice, y dos Budas de talla, flanqueando el hogar.

El «*maître*» era un chino con sonrisa fija y ojos como rendijas.

—¿Mesa reservada, señor?

—Amigos de Tom Jung Lu —dijo Darrel—. Dígale que se trata de Joss.

Se inclinó el «*maître*», se alejó, y reapareció en menos de un minuto, haciendo una señal invitante.

Le siguieron por un largo pasillo tapizado en escarlata, hasta un saloncito tapizado con dragones dorados sobre tapices negros. Se fue el «*maître*», y dijo Darrel:

—Tomemos asiento. Tanto puede tardar minutos como horas.

Se sentaron. Oían un rumor y, levantándose, acechó Riordan la estancia contigua, a través de los vacíos ojos de un dragón.

Aureolados por el humo de sus cigarrillos, había seis hombres sentados en torno una mesa, jugando al
«fan-tan».
Sonrió Darrel, murmurando:

—Juegan fuerte. Tom Jung Lu tiene una tercera parte en los beneficios de esta casa. Él es la principal atracción de la mesa de juego. Vienen profesionales desde Frisco para ver si pueden vencerle.

—Y no lo consiguen nunca —opinó Riordan.

—Alguna vez.

Un gigante entró apartando un tapiz. Parecía un Buda viviente. Sus almendrados ojos estaban casi enterrados entre rollos de carne amarilla. Su rostro era una luna, y no había un solo cabello en su macizo cráneo. Debía pesar cerca de los ciento cincuenta kilos.

Como toque final lucía un pendiente de oro.

—Tom, te saludo —dijo Darrel en pie, tendiendo la diestra. El gigante Jung Lu sacudió la diestra de su amigo, diciendo:

—Mucho tiempo sin verte, Joss. Te esperaba desde hace más de un año. Su voz era aguda.

—Soy orgulloso. No quise venir a pedirte ayuda.

—Pero ahora estás aquí.

—Mis amigos necesitan un coche. Y así quedaría saldada la vieja deuda, Jung Lu. Se frunció el rostro lunar del carnoso gigante, al replicar:

—Tu inteligencia parece debilitada, hombrecillo. O quizá mis oídos fallen, pero creí haberte oído aludir a una vieja deuda.

—Tus oídos son tan buenos como mala es tu memoria —afirmó Joss Darrel, semejando un pigmeo valeroso—. Puedo ayudarte a recordar, Tom. Los sabuesos me interrogaron días y días. Yo sudé mucho, y me hubiera bastado mencionar un nombre para que mis cinco años de presidio se redujeran escasamente a uno.

Inesperadamente sonrió Tom Jung Lu con amplitud.

—Y deseas recompensa por haber mantenido tu lengua quieta. Sin embargo, debería bastarte el honor de no traicionar los secretos, compadrito. Bueno, debo telefonear. Doy por supuesto que tu amigo

es el anhelado teniente deseado por sabuesos.

—Mucho. Se llama Mike Riordan. La muchacha no tiene nada, que ver. Tom Jung Lu hizo una cabezada y abandonó el saloncito.

—Un hombre asombroso —aseguró Darrel—. Hace veinte años se doctoró en Filosofía en París. Hace cinco era uno de los asesores del sindicato del hampa. Hoy es dueño de restaurante y jugador.

El camarero acudió llevando en bandeja tres altas copas. Contenían un suave coñac con sabor a manzana.

Riordan, sintiendo gratitud hacia el negro, comprendió que éste vivía según un código especial, una de cuyas leyes era ayudar a quien le ayudó. En este caso lo hacía por gratitud hacia Vivian.

Poseyendo un secreto que le hubiera podido significar dinero o un trabajo del gordo jugador, se limitó a pedir ayuda para una amistad.

Palpó Riordan los cinco billetes de cien, que Vivian le había hecho entregar por el abogado. Pasando ante Joss para dejar su copa en la bandeja, fingió tropezar con el negro.

Consiguió deslizar dos de los billetes en el bolsillo superior de Darrel, y estaba excusándose por el tropezón, cuando entró Jung Lu. Las rendijas de sus ojillos porcinos escrutaban a Riordan mientras comentaba:

—Tu amigo es muy peligroso para ti, Joss. Ha ofendido a gente muy encumbrada.

¿Puedo sugerirte que te libres de él ahora mismo, Joss?

—¿Dónde está el coche? —quiso saber Darrel. Jung Lu cerró un instante los ojos, como dolorido.

—Eres un loco quijotesco, Joss. Si los sabuesos no dan con él antes de salir el sol, será una tarea para la organización. Jasper Tilden ha ofrecido cinco mil dólares por él. Hace media hora escapó a los sabuesos. ¿Puedo sugerirte…?

—El coche, gordo timador. Antes que ensucie tu honorable ascendencia. Alzó Jung Lu los gigantescos hombros, tendiendo a Riordan una llavecita:

—Coche aparcado dos manzanas éste. Negro «Hudson», tipo 54 —y rió convulsivamente moviendo las papadas—. El coche, amigo, tiene el derecho de circulación algo tarado. ¿Importa?

—No importa —afirmó Riordan.

Joss Darrel les acompañó hasta el vestíbulo exterior.

—Buena suerte, muchachos. Yo me quedo. Estando a su lado, Jung Lu recordará que conmigo debe jugar limpio.

Mike Riordan abrazó al negrillo. Y retrocedió sorprendido, porque en su bolsillo superior notaba el frufrú de los dos billetes de cien que acababa de deslizar Joss Darrel. Éste sonrió:

—Algún día de esos venga a comprar uno de mis cuadros. Hasta otra.

—Gracias, Joss —y Vivian le besó en la mejilla.

Caminaron en silencio, manos entrelazadas, siendo observados por la sonriente mirada del negrillo. Dentro del «Hudson» negro, tras el volante, comentó Riordan:

—Los bribones inteligentes como Jung Lu pueden parecer simpáticos, pero según el precio venderían sus almas. Y Jasper ha ofrecido cinco mil por mí.

Puso el contacto, embragó y el «Hudson» tomó suavemente la curva.

—Faltan cinco minutos para las nueve, hora en que Jimmy queda libre de servicio —anunció Vivian nerviosamente.

—¿Crees que Marina habrá volado ya?

—No tan pronto. Nos queda una hora y algo más.

Durante media hora condujo Riordan en silencio. Después preguntó:

—¿Qué clase de mujer es Marina?

—Puro veneno. Una exmaniquí, que se casó a los veinte, y seis meses después se las había ingeniado para divorciarse con una indemnización. Se casó por segunda vez con un aristócrata de Boston. Se divorció a los dos años, y desde entonces disfrutaba de una clase social que fue lo que atrajo principalmente a Leo.

A las nueve cuarenta, el «Hudson» entraba en Pismo Beach, y ascendía por la lateral.

Aparcó Riordan a doscientos pasos de la casa. Señaló Vivian el «Lincoln» aparcado:

—Ella sigue en la casa. Voy a entrar, Mike. Trataré de asustarla, para que de la estampida. Le diré que vengo del «Gaylor» y que Leo está muy bebido y con deseos de hacer daño. Que ha estado oyendo chismes sobre ella y Sterling, y me ha hecho preguntas. Después daré un bostezo teatral, anunciando que tengo mucho sueño y que me voy a dormir. ¿Sabrás seguirla sin que te vea?

—Sabré. Un besito. Al bajar, dijo ella:

—Llámame dentro de una hora. ¿Prometido?

—Prometido.

Se apresuró ella hacia la casa. Riordan hizo retroceder el coche, hasta asegurarse que no era visible desde el «Lincoln Caravan».

Pasaron minutos, y dominó su deseo de fumar. ¿Con quién iría a reunirse Marina?

¿Con Donati…?

Habían transcurrido veinte minutos, cuando una silueta apareció por una puerta lateral, llevando un maletín. Era Marina Lowell.

Antes de entrar en el «Lincoln», miró hacia la casa. Después se encendieron los faros, y las gomas mordieron la grava. Contó Riordan hasta diez, y entonces embaló el «Hudson».

Guardaba una distancia prudente con el coche conducido por Marina al máximo. Iba hacia el sur por la costera. Lo curioso es que él iba pensando en su última partida de ajedrez con Sterling.

Le recordaba sacrificando un caballo, en jugada que había parecido un movimiento sin sentido. Y apenas había comido el caballo, Sterling le había anunciado el mate en tres.

Marina Lowell, encontrando el cuerpo de Sterling en la cala, cinco días después de su muerte. Sterling «flirteando» descaradamente con Marina, pocos días antes de ser asesinado.

Y de pronto, fue como si un reflector iluminase el cerebro de Mike Riordan. La jugada planeada por Sterling con mucha anticipación, su trato con Jasper Tilden, ansioso de comprar el «Gaylor».

Donati arreglando con Turner la venta del Rubens. Todos los fragmentos del rompecabezas iban ensamblándose.

Y de pronto además de desprecio, sintió Riordan lástima por Marina.

Ella era como él: un caballo destinado al sacrificio en el tablero preparado por Sterling.

Y ahora tenía una cita con la muerte. Con su muerte.

El «Lincoln», aminorando velocidad, giró bruscamente a la izquierda, y deteniéndose, apagó sus faros.

Riordan detuvo el «Hudson» unos cien metros más allá. Esperó dos minutos, y dio media vuelta al coche, conduciendo con las luces apagadas, hasta aparcarlo tras el «Lincoln» de Marina Lowell.

Al borde había un sendero que bajaba hacia la playa, con peldaños. La casa más cercana estaba a unos cuatrocientos metros al norte, en un promontorio.

La luna jugaba al escondite entre nubes corretonas. Anidando en el hueco de la colina, abajo, estaba la cabina playera. Una de sus ventanas se encuadraba en amarillo.

La luna quedó tras un nubarrón, al empezar Riordan a bajar las escaleras. La brisa nocturna olía a yodo y salitre. Iba bajando lentamente. Al pisar el último peldaño, una linterna restalló de pronto iluminándole de lleno el rostro.

La risita de Marina Lowell tenía ecos de hiena.

—La pose es buena, Mike. Quédese así, bien quieto. Se lo pido yo, el difunto. Una voz masculina. Cínicamente divertida. Pensó Riordan que había acertado, aunque no era muy consolador, en aquella situación. Deslumbrado por el foco de la linterna, saludó Riordan:

—Buenas noches, Sterling.

CAPÍTULO IX

—Camine lentamente, viejo —recomendó Sterling Landis, ladeando la linterna para que pudiera ver Riordan el revólver que empuñaba —. Hacia la caseta, si no le molesta.

Mike Riordan se dirigió hacia la masa del «cottage» playero, odiándose. Desde un principio de su relación con Sterling, sólo recibía palos. Era un pelele.

Ni siquiera sabía seguir un coche… Como por telepatía, Sterling comentó en tono protector:

—Marina no estuvo segura hasta que le vio volver y aparcar tras el «Lincoln». ¿No es así, mi vida?

—Así fue, cariño —contestaba ella melosamente.

Marina abrió la puerta de la casa y se encontró Riordan en un *living* de verdes tropicales y limones suaves. Con el revólver, señaló Sterling un sillón:

—Hermosa choza —opinó Riordan, sentándose.

—Propiedad de Leo —manifestó Sterling Landis.

Había un cambio en él. Sus ojos eran mortecinos, y su semblante ostentaba una inexpresividad absoluta. Un jugador de ajedrez.

Podía matar sin pasión, considerando a la humanidad un conjunto de peones en su tablero especial.

Mike Riordan conoció por vez primera el acre sabor del odio inundando su paladar y garganta. Dijo:

—Este bigotillo… —Y señaló la línea oscura sobre el labio superior de Sterling—. El lunes pasado, cuando liquidó la cuenta del «Resident» haciéndose pasar por Donati, ¿se pintó con brea marinera?

—Lápiz negro de cejas —sonrió Landis—. Muy efectivo. Y para su mejor entendimiento, yo soy Curt Donati. Desde el último

domingo, cuando me asesinó usted.

El revólver en su puño, se irguió encañonando el pecho de Riordan. Marina Lowell, saltando en pie, muy pálida, susurró:

—Lo prometiste. Sólo íbamos a atarle. Por favor, cariño…

—Su cariñito nos matará a los dos —silabeó Riordan—. Emplee el seso, Marina. De ahora en adelante, usted resulta ser un exceso de equipaje para Sterling. Él solo la necesitaba para que usted encontrase el cuerpo de Donati después que los cangrejos hubiesen funcionado. El lunes él conseguirá cincuenta mil de Tilden, y posiblemente un pasaporte. Volará con la identidad de Donati. Supongo que a usted le recomendó que dejase unas líneas de despedida para Leo.

—Sí, él… Yo… —tartamudeó ella.

—La policía nos encontrará a los dos bien muertos, aquí en esta casita playera. Es un gran jugador de ajedrez. Posiblemente, yo tendré el revólver en la diestra y habrá *whisky* en torno. Usted puede que tenga en la mano muy muerta, restos de un frasco de *whisky*.

Casi amablemente, golpeó Landis. La culata chocó en la mejilla de Riordan, que vio estallar fuegos de bengala. Se palpó la mejilla. Empezaba a comprender a esos verdugos aficionados chinos, que van haciendo tirillas a un enemigo odiado…

Sterling miró de soslayo a Marina con tierna burla:

—¿Es que le crees, querida?

Ella sacudió la melena platino, en negativa. Pero estaba ya cierta. Lo leía en la sonrisa de Sterling, en su mirada contemplándola con remoto desdén compasivo.

Percibió Riordan que Sterling saboreaba los últimos de la existencia de Marina Lowell, acechándola hasta apretar el gatillo.

En aquella partida macabra, tenía que hallar el punto débil del otro jugador, pensó Riordan. Y dijo:

—Es usted muy inteligente, pese a su complejo, Sterling.

Tenía que herir su vanidad, cualquier cosa que borrase aquella sonrisa de frío verdugo.

Hablarle como un jugador de talla inferior ante un maestro.

—¿Complejo? —inquirió Sterling, extrañado.

Apoyó Riordan más los tacones, tratando de no mirar el revólver.

—Su planteo de las jugadas me parece casi perfecto. ¿Fue idea de Tilden que usted regentase el «Gaylor» con pérdidas?

—Fue idea mía —atajó secamente—. Era el medio de presionar a Leo para que vendiese su Rubens. Deleitó a Tilden, ya que lo único que quería era el «Gaylor». Él se puso en contacto con Donati a través de Turner, pero resultó que Donati tuvo… ciertos escrúpulos.

—A eso voy. La palabra «complejo» significa también complicado. Demasiado complicado. Y era peligroso confiar en un hombre con escrúpulos.

Allí estaba Sterling, el maestro, condescendiendo a explicarle a un parvulillo:

—No lo fue. Nos bastó incitarle a jugar al póker, en una sala privada de Tilden. Primero le dejamos ganar —y rió Sterling complacido al evocar:

—Después le apretamos las clavijas. Firmó pagarés por treinta mil. Pobre sudamericano… Se puso muy abatido. Entonces le ofrecimos la oportunidad de salir de deudas, pintando una copia del Rubens.

Marina Lowell respiraba entrecortadamente, sin apartar los ojos del cañón del revólver.

Opinó Riordan:

—Entonces el alarido de Marina aquella noche fue pura coincidencia, Usted ya había cambiado la pintura días antes.

—Eso es. Mi plan original era desaparecer, fingiendo un accidente. Pero cuando le conocí a usted…

—Le vino la gran inspiración. Iba a darle un cadáver de verdad a Leo. El de Donati. Colgándome a mí el muerto. El domingo por la noche usted siguió a Donati, matándole. Desnudó el cuerpo…

—¡No! —gimió Marina—. Querido, tú dijiste que había sido Riordan el que lo mató…

Que me necesitabas, que estabas en peligro…

Se le apagó la voz. Sterling le dedicó una breve ojeada de fastidio.

—Él planeó dejar pasar unos días antes de pedirle que encontrase usted el cadáver, identificándolo como el suyo, Marina. Pero yo salí de la cárcel demasiado pronto.

—No era demasiado pronto, puesto que tanto Marina como

Vivian ya habían identificado el cadáver, asegurando que era el mío.

—Se equivoca —rebatió Riordan. Tenía que ir ganando más tiempo—. Vivian reconoció a Donati en el cadáver, pero se hizo la tonta. ¿Quién se cree que me dijo que siguiera a Marina, sino Vivian?

Vibraron las aletas nasales de Sterling Landis, pero invitó:

—Adelante, Mike. Siga contando.

—Vivian me espera en el coche allí arriba. Si oye un disparo, arranca embalada para avisar a la policía. Jaque a la reina, compadre —y procuró Riordan que su risita luciera irónica.

Sterling miró interrogante a Marina, que, sentada en el diván, mordiéndose un dedo, pareció muy confusa:

—Yo no… estoy segura. Me pareció que Vivian actuaba de modo extraño, y no la vi entrar en su pabellón. Puede que se reuniese con él fuera, después de irme yo.

Calculaba Sterling mentalmente. Lo mismo que Riordan. La partida era de póker ahora.

Si aquello era un farol, no podía Sterling correr el riesgo de no envidar y comprobarlo:

—Marina —pronunció gentilmente.

Ella le miró, y pudo comprobar Riordan el fascinante don que Landis poseía con las mujeres. Ya era un hombre encantador, sonriendo infantilmente. Un hombre confiando en Eva:

—Te necesito, cariño.

—Sí, sí. Lo que quieras, Sterling.

—En pie, Mike —y el revólver osciló acompañando la orden. Lentamente se levantó Riordan.

—Ahora vuélvase hacia la puerta y camine.

Mike Riordan se volvió. Sterling Landis, desplazándose con felino impulso, asestó un culatazo certero.

Cuando Mike Riordan volvió en sí, percibió contra su mejilla el blando contacto de la alfombra. Le entraron ganas de acurrucarse más y dormir un largo sueño.

Era un pelele. Un campeón encajando palizas. La negativa del héroe, derribando todos los obstáculos. No era más que un saco de recibir…

Oyó murmullo de conversación cercana:

—… claro que mintió, mujer —decía Sterling cálidamente—. Mike es un embustero esquizofrénico y homicida. Casi da pena. Pero no puedo perdonarle que por un instante te hiciera dudar de mí.

—Te creo y confío en ti —susurraba ella.

Oyendo el rumor del beso, Riordan meditó que Sterling era un artista. Sabía dominar a una mujer, haciéndola creer que era de noche en pleno mediodía. Marina anunciaba orgullosamente:

—Traje un revólver en mi bolso, por si acaso. ¿Ves? Rió Sterling, tiernamente:

—¿Le llamas un revólver a este juguete, querida? Escucha, él es peligroso. Si se mueve, le disparas. Vuelvo enseguida.

Se cerró la puerta de la cocina. Abrió Riordan los ojos. Las medias de Marina eran más oscuras en su final. Intentó levantarse, y respingando, Marina le encañonó.

Una miniatura coqueta, con culata de nácar:

—No se mueva —jadeó ella.

—Y usted no sea necia. Él ya no la necesita para nada. Tan pronto como regrese, nos va a…

—¡Quédese quieto! —Y el blanco rostro plasmaba histeria contenida—. No quiero oírle. Usted se olvida que Sterling me quiere.

Era el momento de asestar una mentira. Hizo Riordan una mueca sardónica.

—Lo que usted no sabe, muñeca, es que Sterling sigue queriendo a Vivian. Piénselo.

La mentira actuó espléndidamente. Iba desmoronándose la escasa confianza que tenía Marina, apartada del fluido magnético de Sterling.

Bajó ella la diestra y pudo Riordan coger el revólver.

—No está cargado —dijo ella.

Estalló en sollozos. Comprobó Riordan que el peine y recámara se hallaban sin balas.

Sterling estaría en lo alto, acercándose como una sombra más hacia el «Hudson». Tan pronto comprobase la ausencia de Vivian, bajaría a saltos… Cogió Riordan por el codo a Marina:

—Vámonos, y aprisa.

Obedeció ella dócilmente. Y corrieron por la playa hacia el sur,

susurrando en la arena sus pisadas. Rodearon la base de la colina. No era una actitud heroica.

Pero había un axioma aplastante que lo justificaba: no podía aguardar a Sterling con un revólver descargado, porque el que empuñaba Sterling sí que estaba bien cargado.

Marina se detuvo, anhelante:

—Estoy cansada, Mike.



—Tocan a muertos, Mike, se lo digo yo, el difunto…

—Escuche…

Se oyó el portazo del «cottage» playero. Después silencio. A doscientos pasos, Sterling debía rastrear como un piel roja. Porque

necesitaba aplastar a aquellos dos peones.

Empujó Riordan a Marina en el hueco de la roca. Al principio tensó ella el cuerpo.

Después se distendió, y casi le habló al oído:

—Él no es malo… Prométame que no le hará daño.

—Cállese.

La luna reapareció entre dos nubes. Cincuenta pasos de arena les separaban del mar. La playa formaba allí un semiarco estrecho, entre dunas.

Estaban totalmente aislados. Podía Sterling tirar al blanco sin que se oyeran los disparos. Inclinándose, recogió Riordan un puñado de gravilla. La lanzó hacia el «cottage», apuntando la ladera de la colina.

Repiquetearon claramente. Y vieron a Sterling.

Había estado esperando tras una duna herbosa. Ahora se erguía lentamente, a treinta pasos. El resplandor lunar lo dibujaba con rotunda visibilidad.

Un carnívoro de dos patas, con sonrisa inhumana. El revólver destellaba en su puño, al avanzar él hacia otra duna.

—Dios santo —susurró Marina hincando las uñas en el hombro de Mike Riordan—. Su rostro…

Algo encorvado, Sterling Landis acechaba la ladera de la colina. Después desapareció tras la duna.

Riordan miró hacia el sur. Y comprendió. La estrecha playa trazaba el extremo de arco.

Para llegar allí, entraban en la línea de tiro de Sterling Landis.

Estaban copados.

A su oído, susurró ella:

—Mike… Tenía usted razón. Nos va a matar…

Su rostro era una mancha lechosa, de ojazos a punto de histeria. La enlazó Riordan por los hombros.

—Cálmese, muchacha. El cree que usted tiene un revólver con balas. Y por eso tiene que ir con cautela.

—¿Y después?

No halló Riordan respuesta. Ola el rumor de la resaca. La marea iba ascendiendo.

Contra su cuerpo, notó los estremecimientos del de Marina.

—No llore ahora, caray —bisbiseó él.

—Es que… voy a gritar… voy a gritar…

Aplicó Riordan su palma sobre la boca femenina. Mordió ella, y Riordan contuvo el impulso de aplicarle un manotazo. Apremió:

—Guarde la calma, y no pasará nada, mujer.

—Pienso en el pobre Leo…

—Pobre Leo, ¿no? —murmuró Riordan amargamente—. Usted ayudó a Sterling en el robo, y en todo. ¿No sabía que mató a Donati?

—No. Sterling me llamó el martes. Me dijo que usted estaba a sueldo del sindicato de Jasper Tilden, y que había matado a Donati por error. Que su vida estaba en peligro, que necesitaba mi ayuda… No, Mike, no se vaya… No me deje sola.

—Usted quédese aquí quieta. Es el único medio para escapar. Pase lo que pase, quietita aquí.

Se tendió Riordan en la arena, avanzando sobre codos y rodillas hacia las dunas.

Cinco años antes se había entrenado en aquel modo de desplazarse. Por entre dunas heladas, esperando de un momento a otro la bala coreana. Arrastrándose con los músculos estomacales muy contraídos, anticipando el encogimiento del impacto.

Nada se movía en las dunas. Iba arrastrándose por ellas, mentalmente suplicando a la luna que se estuviera unos cinco minutos más tras las nubes.

En la diestra empuñaba el revólver miniatura sin balas. Calculó que Sterling debía estar a unos cien pasos. Quedó arrodillado tras una duna, acechando la colina.

Y se mordió los labios para no imprecar en voz alta.

Veía a Marina Lowell que, saliendo de la depresión rocosa, se dibujaba muy claramente, tratando de escrutar con ojos asustados.

Y apareció Sterling Landis, en pie sobre la duna frente a Riordan. A diez pasos. Su rostro, una máscara tallada en bronce.

Disparó dos veces.

Él grito de aviso de Riordan se ahogó en el doble estampido, mientras se abalanzaba, empleando el pequeño revólver como una piedra.

Golpeado en el rostro, se tambaleó Sterling a un lado. Disparó de nuevo y el balazo levantó arena a espaldas de Riordan que, zambulléndose, lo enlazó por las piernas.

Rodaron los dos en confuso molinete de piernas y brazos. Al aterrizar en el llano de arena, estaban a unos tres pasos de distancia. El revólver de Sterling Landis destellaba mortecino sobre la arena a unos diez metros.

Sterling Landis avanzó, exhibiendo los dientes, esquivó el primer directo de Riordan, y aplicó un gancho en corto. Cayó Riordan de espaldas. Se abalanzó Landis, y Riordan rodó a un lado.

Era una pelea desigual. Un tigre de noventa kilos contra un gato de setenta. La comparación le dio una idea a Riordan. Arañó.

Recogiendo del suelo un buen puñado de arena, y ya en pie, pareció esperar con guardia alta la acometida de Landis, que acudía tomando la distancia adecuada para colocar el derechazo al mentón.

Se ladeó Mike, tirando el puñado de arena a los ojos felinos. Landis se llevó las manos a los ojos.

Riordan le estrujó la pechera, atrajo y conectó su frente con la nariz de Landis. Oyó el crujido del cartílago y el gruñido animal de Landis. Hincó Riordan el codo derecho a un lado del cuello de su enemigo.

Corrió hacia donde estaba el revólver, recogiéndolo.

Tambaleándose, ensangrentado el rostro, Sterling Landis parecía esperar. Disparó Riordan, y el balazo silbó alejándose hacia el mar.

Sterling Landis se movía a increíble velocidad, saltando como un gamo, duna tras duna.

Mike Riordan sólo tenía una obsesión. Matar:

Destruir a aquel ser que le había robado la novia, que le había complicado en un asesinato.

Corría tras Landis, que zigzagueaba de pronto, que remontaba en salto ágil. Una sombra desvaneciéndose tras el altozano al sur.

Disparó de nuevo Riordan, rabiosa e inútilmente.

Después, el cansancio le puso su dogal en la garganta. Pero siguió corriendo, dando tropezones, nublada la vista en sangre.

Un tropezón más recio le proyectó de bruces. Y el choque le hizo recobrar el sentido común.

Ya no podía dar alcance a su enemigo.

Se dirigió en busca de Marina Lowell. La encontró yaciendo boca arriba en la arena.

Ojos cerrados. La pechera de su vestido era una mancha carmesí.

La levantó entre los brazos, y se encaminó hacia los peldaños.

Capítulo X

Al dejarla en el asiento delantero del «Hudson», ella gimió:

—Mike… Lo siento mucho… Fui una…

—Procure no excitarse. Voy a llevarla a un médico.

Presionó el embrague inútilmente. Bajando, alzó el capó, pero en la oscuridad era difícil precisar lo que había hecho Landis. Podía ser el motor, los cables de batería, el distribuidor…

Marina Lowell se estaba muriendo, y tenía que llevarla a una clínica.

Comprendió que al huir, Landis sabía que Marina era el único testigo. Y muerta, la policía nunca creería lo que él pudiera decir.

Otro caso de asesinato contra él.

Contempló el «Lincoln Caravan» de Marina. No tenía la llave. Y ella no llevaba el bolso.

Bajó las escaleras, tratando de vencer la fatiga.

Entró en el «cottage», dispuesto a repeler cualquier posible agresión. Pero allí no estaba Landis. Halló el bolso de Marina en el diván, y en su interior estaba el llavero.

Le pareció una eternidad el tiempo que empleó en volver a escalar, pero por fin tras el volante, puesto el contacto, el «Lincoln» ronroneó.

Regresó al «Hudson» para recoger en brazos a Marina. Pesaba mucho, y al dejarla en el «Lincoln», ella tosió, tiñéndose sus labios de sangre.

Condujo a ochenta millas por hora. Y a las once y media consultaba en una cantina el listín. Había una clínica de urgencia a una milla al norte.

Una clínica que resultó ser una casa colonial, con escasa luz en su vestíbulo, y en cuyo timbre apoyó Riordan el pulgar, largo

tiempo antes de que acudiera a abrir un enfermero. Su mirada expresaba asombro, y comprendió Riordan que estaba justificado. Él debía parecer un vagabundo con sus ropas en girones, lleno de arena, y con el rostro magullado, llevando en sus brazos lo que parecía un cadáver femenino.

—¡Las preguntas después! —atajó Riordan—. Tiene hemorragia, y dos balazos en el cuerpo. ¿Hay doctor disponible?

Asintió el enfermero, y le precedió hasta la sala de curas donde le ayudó a tender a la herida sobre la mesa. Dijo:

—Vaya al despacho y llene el impreso de entrada. Llamaré al doctor Sanders. No tardará ni cinco minutos.

—¿Cómo… está ella?

—Mal. Necesita plasma. ¿Cómo ocurrió?

—Cuando venga el doctor lo contaré.

Regresó Riordan al mostrador de recepción del vestíbulo. Iba rellenando el formulario cuando vio el periódico sobre el despacho. Una edición de última hora.

Lo cogió, desplegándolo. Allí estaba en primera plana: «Asesino fugitivo». Leyéndola, le parecía irreal aquella historia.

En cuarta plana estaba su fotografía. Sacada tres años antes cuando había ganado un campeonato local. Holt Wilcox debió hallarla en su habitación.

La foto le daba aspecto juvenil, fatuo. El reportaje no citaba que hubiese golpeado al policía Wilcox con la cafetera.

Una coletilla asegurando que la policía detendría al asesino fugitivo antes de la mañana siguiente.

Venía el enfermero, que, sin mirarle, se sentó tras el despacho, frotándose las sienes con las yemas de los dedos.

—Ya han pasado diez minutos —dijo Riordan—. ¿Y el doctor?

—Ya viene.

Le miró el enfermero con ojos cansados, encendiendo un cigarrillo, y soplando humo, añadió:

—Ahora ya no hay prisa. Es una lástima que no pudiera usted llegar un poco antes.

—¿Quiere decir qué…?

—Murió mientras le administraba plasma. He llamado a la policía. Será mejor que…

¡Ey, venga aquí, usted!

Pero ya estaba Riordan pisando el acelerador, cuando oyó la clásica sirena patrullera. Frenó en seco. El coche patrulla que tocaba la sirena venía del sur, pero otro se atravesaba en la carretera. Al norte. Y éste no tocaba la sirena.

Dos individuos se acercaban, pistola en mano. Mike Riordan renunció a toda posibilidad de escapar.

Le ponían esposas, le quitaban el revólver de Sterling. Lo empujaron hacia el asiento posterior del coche. Y en silencio, sin el menor comentario, le daban escolta hasta la oficina del *sheriff*.

Se quedó a solas con un policía de rostro de halcón. Pidió Riordan un cigarrillo. El policía le tendió un paquete y fósforos.

Sentía cansancio y no podía dormir. Por fin llegó un individuo de ancho rostro huesudo que se sentó tras la mesa. Debía tener unos cuarenta años. Llevaba lentes montados al aire. Su cabello era ralo, pero su voz era espesamente sonora:

—Me llamo Alister, fiscal ayudante del condado. ¿De sea dictarme una confesión?

—Lo que deseo es tener aquí a un abogado.

—¿Pretende alegar demencia o algo parecido?

—Rotundamente no. Lo que quiero demostrar es que Sterling Landis mató a Marina Lowell. Traiga el magneto y declararé con detalle.

La sangre enrojeció la frente del abogado fiscal:

—Dos horas después de tal declaración, vendrán a examinarle los psiquiatras. Si le declaran sano mentalmente, sepa que automáticamente irá usted al tribunal con una petición de pena de muerte, sin atenuantes. Usted mató a Landis hace seis días. Ahora…

—Una milla al sur del cabo Fish hay un «Hudson» negro, modelo 54. En su motor y capó hallarán las huellas de Landis, donde las dejó esta misma noche.

El policía con rostro de halcón se removió molesto en su silla. Alister permanecía inmóvil, mirando la mesa. Finalmente, dijo con furia reprimida:

—Traiga el grabador, Jim.

Mike Riordan empezó a relatar, sin mencionar a Joss ni a Jung Lu. Dijo que había robado el «Hudson» en una calle de Santa Bárbara. Le interrumpió Alister, llamando a un policía al que dio las señas del cabo Fish donde estaba el «Hudson».

El resto del relato lo escuchó sin interrumpir. Cerró el contacto, y avanzando el busto, martilleó la pregunta:

—Cuando el policía Wilcox le visitó, usted le agredió. ¿Por qué?

—Estaba asustado. Pensé que, libre, yo podría aclarar…

—Y cuando encontró esos supuestos bosquejos al carbón en el despacho de Donati, pensó usted que ya tenía una prueba de su inocencia, ¿no es así?

—Es así.

—Entonces, ¿por qué no llamó a la policía desde el despacho de Donati? Mike Riordan buscó palabras lógicas. Por fin murmuró:

—Pensaba enseñar primero los bosquejos a Leo.

—Dice usted que dos hombres le agredieron, quemando los bosquejos. Usted y la señorita Todd huyeron en un taxi ¿sí o no?

—Sí.

—¿Dónde robó este «Hudson»?

—En el aparcamiento del «Mina *Baby*».

Era un local a dos manzanas del restaurante chino de Tom Jung Lu.

—Entonces regresó a Pismo Beach, dejando a la señorita Todd en casa de Ketchum. Siguió a Marina Lowell hasta un «cottage» playero al sur del cabo Fish. Y allí, Sterling intentó matarles a ambos. Marina Lowell recibió una herida mortal. De nuevo, repito mi pregunta, Riordan, ¿por qué no llamó entonces a la policía?

—Porque quise llevarla primero a un doctor.

—Muy de alabar su humanitaria intención. ¿Dónde está ahora la señorita Todd?

—No lo sé.

—Leo Ketchum llegó a su casa hacia la medianoche. Encontró una nota de su prometida despidiéndose. Vivian Todd no estaba ni en la casa ni en los pabellones. Su lecho estaba intacto. ¿Dónde está ella, Riordan?

—¿Cómo demonios puedo yo saberlo? —Y exasperado por la insinuación, se levantó. Le imitó el policía.

—Escuche, Alister —murmuró Riordan—. Yo siempre estuve enamorado de Vivian. O sea que esté donde esté, está a salvo.

—¿De veras?

Mike volvió a sentarse, abatido. Vivian había esperado una hora en casa de Leo, a que él llamase como habían convenido. Después

se había ido. ¿Dónde?

Se abrió la puerta, asomándose un policía. Salió Alister, permaneciendo ausente unos diez minutos. Riordan encendió un cigarrillo, acechado por el policía.

Entró Alister con un leve esbozo de sonrisa:

—Volvamos al «Hudson» que usted robó. Me fascina. ¿Cómo es que el encargado del aparcamiento no le impidió robarlo?

—Pues… Él estaba ayudando a alguien a meterse en su «Cadillac». No nos vio hasta que apreté el acelerador.

—Ya. Revisemos el incidente del «cottage» playero. Dejó usted la puerta abierta, ¿sí o no?

—Sí.

—Y el «Hudson» que abandonó arriba con un motor sin funcionar. ¿Recuerda si dejó la llave de contacto, sí o no?

—Creo que sí. Sí.

—Debió dejarla, porque no está entre sus objetos personales —y cambió de tema con sorprendente incoherencia:

—Es usted un verdadero conquistador de damas, Riordan.

—¿Qué quiere decir?

—Basta verle. Alto, buena figura, campeón de golf. Me apuesto a que todas se perecían por usted.

Lo que aturdía a Riordan era la sonrisa paternal del que le hablaba como a un niño:

—Comprendo que le era pesado llevar de rienda a la vez a dos conquistas, ¿no?

—Se equivoca por ahí. Yo nunca traté a Marina Lowell hasta el pasado domingo.

—Naturalmente podrá demostrarlo.

—¿Dónde va a parar, Alister?

—Simplemente al hecho de que no existió ningún «Hudson» negro. Acaba de telefonearme el policía que envié al cabo Fish. La casa playera que describió usted tenía sus puertas cerradas, y en ella no había ninguna huella de desorden. Ni había ningún «Hudson» negro en la carretera.

—Landis regresó… Cerró el «cottage», reparó la avería del «Hudson» y se lo llevó.

—Después de recibir el telefonazo, llamé al «Mina *Baby*». ¿No sabe que esta semana tienen cerrado local y aparcamiento? Por

reparaciones. Bueno, Riordan, cuénteme otra historieta tártara.

—Bueno, pudo ser en otro aparcamiento. Con mi confusión, no recuerdo…

—Le ayudaré. Usted nunca siguió a Marina, porque ella le esperaba en un sitio ya determinado. Sólo que Vivian sospechó y, celosa, intentó evitar que usted se reuniese con Marina. Lucharon, y tal vez usted mató a Vivian. Entonces, al darse cuenta Marina, se asustó, viendo que usted era un sujeto lunático, de crisis homicidas. Renunció ella a huir con usted, y entonces usted la mató con dos disparos del revólver que le fue recogido al detenerle.

Se apartó Riordan el sudor de los ojos:

—Si fue así, ¿por qué la llevé a la clínica?

—Miedo, remordimiento… ¿quién sabe? Al saber que estaba muerta, intentó huir.

¿Dónde está Vivian Todd?

—No lo sé.

—¿La mató, verdad?

—Estoy «groggy»… Quiero un abogado…

—Ningún abogado del mundo tocaría su caso ni con pinzas. ¿Por qué mató a Marina Lowell?

—Fue Sterling Landis.

—Landis está muerto. Marina abandonó la casa hacia las diez de la noche. ¿Dónde se reunió con usted?

—Se reunió con Landis. En el «cottage» playero, propiedad de Leo.

—Usted ha viajado mucho con Vivian. La policía encontró su coche abandonado en una alameda de Los Ángeles, anoche hacia las ocho. Había en el volante sangre. Sangre de Vivian Todd.

—La sangre era de Joss…

—¿Quién es Joss?

—Nadie. No sé de quién era la sangre.

—Vivian, celosa, amenazó con delatarle a la policía. Usted la mató.

—No la maté.

—¿Dónde escondió el cadáver?

—Vivian está muy viva. Pero no sé dónde está.

Las preguntas eran como clavos repicando en un ataúd. Cerró Riordan los ojos. Estaba mortalmente fatigado. Todo empezó a

navegar en una nebulosa.

Cuando le llevaron a una celda, no sabía si había confesado varios asesinatos o había continuado emitiendo negativas.

Tendido en el catre, seguían zumbando en sus sienes las preguntas martilleantes de Alister. Por fin logró sumirse en negro sueño.

CAPÍTULO XI

A la tarde siguiente, dos policías le despertaron llevándole al despacho de Alister, que inquirió:

—¿Persiste en sus negativas, Riordan?

—Hasta que me muera.

—¿Cree usted que algún jurado compuesto por amigos suyos, podría honradamente creer en su declaración, Riordan?

—Lo triste es que digo la verdad.

—Usted opina que cuanto más loca sea su declaración, tantas más posibilidades tiene de salvarse. Es una táctica equivocada, muchacho. Mañana vendrán dos psiquiatras, comprobarán que no está loco, y nadie le salvará de la cámara de gas.

—¿Puedo o no puedo disponer de un abogado?

La puerta se abrió y el corpulento Holt Wilcox se asomó con expresión cansada. Dijo tan solo:

—A su celda, Riordan.

Un policía acompañó a Riordan hasta la celda. Minutos después, venía Holt Wilcox. El celador abrió la cancela y entró Wilcox, presentando su paquete de cigarrillos:

—¿Un pitillo?

—Gracias.

Aspiró Riordan con avidez el humo. El fornido policía, reclinado contra los barrotes, le contemplaba con sonrisa enigmática. Llevaba un apósito apretando una sien y la coronilla.

—¿Qué tal se sintió después de abollar su cafetera en mi cabeza?

—Obré como una solterona presa de pánico, Wilcox. De verdad que lo siento.

—Le mintió a Alister sobre el «Hudson» negro. Fuera de registro, ¿me lo cuenta?

—Un amigo me ayudó. Un amigo fichado que se limitó a abrirme la sala de Turner. No sé dónde está ahora, pero aunque lo supiera, no se lo diría.

—Ya. ¿Sabe lo que hice ayer apenas me «cafeteó» usted? Primero llamé para que dieran la alerta. Después fui a que me zurcieran cuatro puntos de sutura. Oiga, duele. Después, hice lo que ningún polizonte que se respete haría. Le pedí al forense que repasara el cadáver de Sterling Landis pizca a pizca. ¿Sabe con qué topó?

—No.

—Una porción del pulgar derecho estaba intacta. Anoche pedí que comparasen la huella. Y hace diez minutos me llamaron. Este cadáver tiene una huella de pulgar distinta a la que luce Sterling Landis en su licencia de conductor. Por lo tanto, el cadáver no es Landis.

Riordan abrió la boca esperanzado:

—Entonces… ¿quedo libre?

—Existe la balística, amigo. Marina Lowell fue asesinada con dos balas que salieron del revólver que le encontraron a usted encima.

—¡Escuche, Wilcox! Sterling se esconde en un radio de pocas millas. ¡Puede que esté en el «Gaylor», esperando a que Tilden le de la salida! ¡Escuche, hombre, por lo que más quiera…!

—No se excite. Yo le creo.

—¿De veras? —sonrió Riordan, sintiendo ganas de abrazar al policía calmoso—. Entonces, interrogue a Turner, y después puede atornillar a Jasper Tilden.

—Y saldría libre en menos de un cuarto de hora. No tenemos nada sólido contra él.

Sólo puedo esperar a que venga el *sheriff*.

—¡Y Sterling estará ya muy lejos! Y Vivian… ¡Ya veo dónde está ella! Cuando no la llamé anoche, iría al «Gaylor». La retiene Tilden.

—Suposiciones.

—¡Maldito polizonte! —chilló Riordan—. Sabe usted que soy inocente, y se está aquí tan quieto, cuando quizá la estén matando.

Holt Wilcox aplicó un revés en el pecho de Riordan:

—Calma, ciudadano Riordan. Trate de adivinar qué hago un gran esfuerzo para olvidar mis cuatro puntos de sutura. Si ayer no escapa usted, puede que ahora Marina Lowell estuviese con vida, y

podríamos haberla interrogado. Ahora ya es tarde. Púdrase, ciudadano.

La cancela restalló. Sentado en el catre, Mike Riordan tuvo que reconocer que el enojo del policía Wilcox era más que lógico.

Diez minutos después regresaba Wilcox, precedido del celador que le abrió la cancela:

—Sígame, Riordan.

Le siguió hasta su despacho, donde, cerrando la puerta, fue a sentarse Wilcox, crispadas las mandíbulas, brillantes los ojos. Dijo por fin:

—No soy nada más que un polizonte amante de mi oficio. Por esto nunca seré *sheriff* del condado. Ketchum respaldó a Cosgrove en las últimas elecciones porque lo puede manejar. A mí no me maneja nadie. Salvo mi esposa. ¿Está claro?

—Muy claro.

—Oficialmente, no tengo derecho legal para agarrar a Tilden e interrogarle. El «Gaylor» es jurisdicción del *sheriff*. Cobra para mirar a otro lado. Dos semanas después que yo cerrase el «Gaylor», volverían a abrirlo, y Cosgrove hallaría cualquier pretexto para hacerme trasladar muy lejos. Voy a darle una oportunidad de demostrar su inocencia, Mike Riordan. Si falla… irá ante el juez por el asesinato de Marina Lowell, y yo me convertiré en un expolizonte.

Detalladamente, expuso Wilcox el plan. Un plan excelente. No tenía más que un punto débil, pensó Riordan.

Si fallaba, Mike Riordan no iría a la cámara de gas. Porque no se ejecutan cadáveres. Preguntó Wilcox:

—Describa lo mejor que pueda a los dos que quemaron los bosquejos.

Obedeció Riordan. Abandonando el despacho, regresó Wilcox con un manojo de fotos. Las ojeó Riordan, hasta elegir una:

—El rubiales que me zumbó.

—Se llama Drewer. Dos años por tráfico en droga. Tres por agresión. A sueldo de Jasper Tilden.

Tecleó Wilcox en la máquina, exponiendo:

—Oficialmente queda bajo mi custodia y vamos en busca de pruebas complementarias.

Estampo el sello, y usted la firma.

Fuera oscurecía, y las estrellas iban asomándose:

—Son las siete, Mike. Dispone de dos horas. ¿Dónde está su coche?

—En la carretera alta de Santa Bárbara. ¿Cojo un taxi?

—Mejor su coche. Usted está hecho un asco. Tiene tiempo para ducharse, afeitarse y tomar café en taza, en mi casa.

Mike Riordan, sintiendo un nudo en la garganta, dio una leve palmada en el hombro del policía, y dijo:

—Oiga, jefe… Usted es uno de los tipos más decentes con quien me he topado.

—Ya —y se palpó Wilcox el apósito.

A las siete y media, Riordan, duchado y afeitado, se cepilló la ropa. Colgando el teléfono, anunció Wilcox:

—Acabo de llamar a Leo. No le gusta mucho, porque sigue pensando que usted mató a Marina. Pero colaborará.

—Leo me da pena. Un gánster que fue duro, pero que tiene el corazón de un niño.

—Usted es un sentimental.

De nuevo en el coche conducido por Wilcox, indagó Riordan:

—No tuve el honor de conocer a su esposa.

—Porque por ahora sigo soltero.

El «Ford» seguía aparcado donde lo dejó. Comentó Riordan:

—Nadie lo quiere ni regalado.

—Tiene media hora de ventaja, Mike. Después llamaré diciendo que se me escapó. Le repito que las patrullas pueden dispararle sólo al verle. ¿Va adelante o se raja?

—Ya he recibido bastantes palizas y estoy entrenado. Sigo dando la cara para las bofetadas que se presenten. Gracias, Holt.

—No me las dé, muchacho. A partir de ahora, cada segundo se juega usted la pelleja. Suerte.

Condujo Riordan su «Ford» pasando tres cantinas. A la cuarta, entró a cenar con rapidez y voracidad. Eran las ocho y veinte cuando, conduciendo hacia Pismo Beach, trató de analizar su tensión íntima.

Era como cuando se concentraba para el toque final de la pelota hacia el hoyo que significaba la victoria… o la derrota.

Sólo que ahora no había pelotita, y el hoyo podía ser la fosa.

Eran las nueve cuando apareó ante el «Gaylor». El edificio estaba

iluminado en rosa y azul. El gigantesco vestíbulo era un templo con columnas de mármol y alfombras verde mar.

El bar era otro templo iluminado en color naranja, donde violines gemían. Tintineaban copas y frascos. Risas femeninas. En el mostrador, pidió Riordan:

—Un ajenjo.

La mujer sentada en el alto taburete, lucía un cabello color azafrán. Calzaba sandalias griegas, y se enfundaba en prieta tela negra, cerrada hasta el cuello, pero abriéndose en «V» a la inversa.

—¿Viene de París? —preguntó con ojos de sonámbula.

—Ya hace tiempo que falto —masculló Riordan.

—Lo suponía. Estuve viviendo en París veinte años. Usted es distinto a toda esta gente que nos rodea. Gente enfermiza, sobrada de dinero. Usted es distinto. Oiga, voy al primer piso… En la sala amarilla, recuérdelo. Allí estaré. Sola. Recuérdelo.

—No lo olvidaré.

Pagó Riordan al camarero, y ella se alejó ondulando. Antes de entrar en el ascensor, dedicó una sonrisa prometedora a Riordan.

Un hombre se aproximaba al bar. Chaqueta azul y pantalones blancos. Se sentó dos taburetes más allá de Riordan. El camarero le colocó delante una taza de café.

El rubio que intervino en la quemadura de bosquejos…

—Hola, Drewer —saludó Riordan atentamente.

Le miró el aludido, y derramó un poco de café. Depositó la taza cuidadosamente. Sus ojos demostraban intriga:

—¿Dónde está Tilden? —preguntó Riordan.

—Arriba. En la estancia hindú.

—Tengo que verle. Se trata del Rubens. Ya emprenderá Tilden.

—Estupendo. Sí, hombre, seguro —y se relamió.

Salieron juntos del bar. Drewer parecía aturdido, y guardó silencio hasta que el ascensor privado empezó a subir. Dijo entonces:

—¡Manos sobre la cabeza!

Obedeció Riordan, y Drewer le cacheó.

—No encontrará el arma. Es una bombita de cobalto. La tengo escondida, tras la muela izquierda del juicio.

—Chistoso, ¿eh?

Abrió la puerta del ascensor. Avanzaron por un corredor

sonrosado. Una puerta se abrió, asomándose un hércules de frac.

—Visita para Tilden —indicó Drewer.

Otro corredor, y el hércules abrió otra puerta, tras haber presionado un botón. Apareció Jasper Tilden, impecable en su *smoking*. Sostenía una automática, y señaló otra puerta.

—Adelante, Riordan —conminó.

Abrió Riordan la otra puerta, subió unos peldaños, y entró en una ancha estancia. Junto al hogar estaba Vivian Todd.

Entre dos ventanas, se hallaba Sterling Landis.

CAPÍTULO XII

—Hola, muchacha —saludó Riordan.

Contempló la mejilla hinchada y la nariz tapada por esparadrapo de su odiado enemigo, que dijo sonriente:

—Vino ella por aquí a ver si le encontraba, Mike. Me encontró a mí.

—Siéntese —invitó Tilden, señalando el sillón frente a Vivian—. ¿Cómo consiguió escapar de la celda?

—Fianza. Porque antes de morir, Marina habló. Y los coches patrullas estarán ya buscando a Sterling.

Contempló Riordan los efectos. Había sido como lanzar una bomba. Sterling permanecía inmóvil. Jasper Tilden se balanceó un poco sobre los tacones, escrutando a Landis, y comentó:

—O sea que lo tenías todo estudiado, Sterling. No había fallos.

—¡Miente! —exclamó Landis.

—Lo comprobaré —y tendió Tilden el revólver a Landis, yendo a una habitación contigua donde marcó números al teléfono.

Sterling Landis hizo oscilar el revólver:

—Resultas indestructible, Mike.

—Y matarte es para mí tan necesario como respirar —jadeó Riordan. Regresaba Tilden, que le miró perplejo, comentando:

—Usted está como una cabra, amigo. ¿Pero qué esperaba conseguir? —Y volviéndose hacia Landis, añadió:

—Marina murió sin hablar. Riordan se escapó hace apenas una hora. Están laminando toda la comarca buscándole.

—Bien, bien —y la sonrisa de Landis se hizo soñadora—. En pie, Mike. —Vivian Todd intervino por vez primera:

—Tendrás que matarnos a los dos, Sterling.

—Si te empeñas… —sonrió él.

—¡Un momento! —atajó Tilden—. Aquí no. Vivo o muerto no le quiero aquí en el «Gaylor». Y tú a menos de que te vayas esta noche…

—Ya te lo he dicho. Me quedo hasta el lunes noche, después de cobrar.

—Turner no tendrá el dinero hasta el lunes por la noche, si es que ha cobrado. Ellos dos pueden garantizarlo, puesto que lo oyeron.

Y Vivian Todd lució la astucia femenina, afirmando:

—Sí que lo oímos. Es un cliente canadiense. Que por el Rubens pagará cuatrocientos mil.

—¡Cuatrocientos mil! —exclamó Landis, poniéndose rígido.

—No seas estúpido —reprochó Tilden—. ¿No res que ella está haciéndose la graciosa?

—Nada de gracias —afirmó Riordan—. Otro timo más. Y si no que lo diga Turner.

Llámale, Sterling.

Rió Tilden:

—Anda, llama a Turner. Pero no olvides que estás muerto, Sterling.

—Jasper, como esto sea una estafa…

—Domínate, Sterling. No les hagas el juego a esta pareja. Irás a mí yate hasta el lunes por la noche, porque no me gusta la visita de Riordan. Hay algo raro… No puede ser tan loco… Te los llevas al yate.

—Olvidan algo —intervino Riordan—. Apenas interroguen a Turner, éste cantará.

—Mañana regresa Cosgrove, un *sheriff* inteligente, que sabe a quién debe interrogar y a quién no —aseveró Tilden.

Devolvió Sterling el revólver a Tilden, y dijo:

—A ella me la llevaré fácilmente, pero a él voy a…

La puerta se abrió y Drewer apareció tambaleándose. Sangrando el rostro, tropezó y cayó al suelo. Entró Holt Wilcox, seguido por Leo Ketchum y King Block.

Y la estancia se convirtió en un *crescendo* de movimientos y sonidos. Leo gruñía salvajemente al embestir a Sterling. Tilden disparó y Leo cayó al suelo.

King Block saltó sobre Sterling, que lo apartó de un puñetazo.

Sterling Landis atravesó los cristales del balcón.

Wilcox, arrodillado tras el volcado sillón, disparaba metódicamente contra Tilden, que iba encogiéndose.

Mike Riordan corría hacia el balcón, apartando a Vivian que quería impedirlo. Saltó, aterrizando en la arena. A cincuenta pasos, Sterling corría hacia el embarcadero.

Riordan se puso en pie, y alguien le enlazó desde atrás. Forcejeó para librarse. Vivian Todd le sujetaba con frenesí.

Cuando pudo librarse y correr hacia el embarcadero, Sterling Landis se alejaba en la canoa motora. Ondeó la diestra en burlona despedida.

Desapareció tras el cabo saliente. Acudía Wilcox que anunció:

—Hemos ganado, porque encontrar a Sterling justificaba la redada. Vino Clara Donati y ha identificado los restos de su hermano. Antes de morir, habló Tilden. Leo tiene sólo una herida superficial en la cabeza.

—Pero Sterling se ha largado en la motora de Tilden… Sonrió Wilcox, y musitó Vivian:

—¿Por qué creías que te impedía saltar a la motora, Mike?

—No comprendo… Apuntó Wilcox:

—No hay honor entre ladrones, Mike. Tilden dijo algo antes de morir. Tenía preparado su yate-motora para eliminar a un socio peligroso. ¡Fíjese!

El mar se iluminó en una zona, con brusca llamarada roja. La explosión siguió poco después, como el retumbar de un trueno. Surcos rojizos estallaron en diversas direcciones.

Algunos de aquellos surcos debían llevar pedacitos del que había sido Sterling Landis.

* * *

A las dos de la madrugada, tomaban café en el despacho de Wilcox. Leo Ketchum masticaba su habano, vendada la frente. Regresó Wilcox:

—Turner ya ha confesado tras dos horas de interrogatorio en comisaria de Los Ángeles.

La policía canadiense recobrará el Rubens.

—¿Y a mí qué me pasa? —inquirió Leo Ketchum.

—El gobierno holandés recuperará el Rubens. A usted, puede que le peguen una multa, Leo. No es asunte mío.

Leo Ketchum había envejecido mucho. Todo le había fallado. Su hijo adoptivo, su prometida…

—He perdido el «Gaylor» —murmuró—. El Rubens. Adiós, Marina. Adiós, Sterling. Me queda una casa grande, vacía, un club de golf… Me queda King… —Y se estremeció—: Lo siento, Mike.

—Olvídelo, olvídelo —murmuró Riordan, apenado. Poniéndose en pie, se irguió Ketchum:

—Ayer despedí al nuevo profesional que había contratado. Quería cambiar mi estilo. Les debo algo en desagravio, Mike. Un contrato por cinco años, y un veinte por cien en el club. ¿Vale?

—Gracias, Leo, de veras, pero yo… Cogiéndole la diestra, expuso Vivian:

—Mike y yo hemos planeado acudir al próximo torneo en gira por los Estados, Leo. Queda aún un par de semanas. Será nuestra luna de miel. ¿Comprende, Leo?

—Bien, cuando regrese, si es campeón, mejor, y si no, ya sabe dónde estamos King y yo. Adiós, gente.

Mike Riordan no le vio salir. Preguntaba a Wilcox la dirección del juez de paz más próximo.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. Debrigaw
, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.